



# NOSOTROS

---

## LETRAS COLONIALES

En las aristocráticas universidades coloniales, España monopoliza ideas, como tiene privilegios políticos y económicos. Envía a ultramar en vigilados galeones ideas medioevales. Salamanca es la fábrica intelectual, como Sevilla el depósito de las provisiones industriales. La Inquisición conserva, mediante purificadores autos de fe, los beneficios de la religión hereditaria. Crecen en las colonias sometidas a uniforme presión intelectual, súbditos ortodoxos de la Iglesia y del rey.

Erudición, pedantería, saber libresco abruman a la brillante juventud de las escuelas. La teología, las doctrinas del Peripato, la escolástica, las sutilezas de Duns Escoto se convierten en ciencia oficial. Se fundan en el siglo XVI las universidades de Santo Domingo, de Lima, de México: son como las de Caracas y Córdoba "reales y pontificias" dóciles a virreyes, inquisidores y arzobispos. Un viajero francés, Frézier, juzga así su actividad lamentable: "Il en sort d'assez bons sujets pour la scolastique et la chicane de l'école, mais très peu pour la positive". Limitada la curiosidad intelectual por el poder vigilante, se agitan los americanos en torno a ideas inflexibles, complican y retuercen la forma, acumulan citas de autores latinos, sustituyen la memoria al juicio, la apostilla marginal a la propia reflexión. El estilo recargado y tortuoso como las fachadas churriguerescas de los

templos, como los santos abrumados de joyas y de ex votos. Incrustan en la lenta prosa castellana reminiscencias clásicas, gemas bizantinas, los escritores de México, del Perú, del Brasil.

El conceptismo, el gongorismo, prodigalidad de sentencias, sutileza, libertad excesiva del hipérbaton, bárbaro uso de imágenes, frase sinuosa y recóndita — se extienden viciosamente en América. En España y en Portugal, son formas de decadencia, en las colonias que imitan fácilmente los vicios de la metrópoli, literatura nacional. No influye en las letras americanas el renacimiento literario español: ningún íntimo lirismo en medio de la sequedad erudita de la colonia. En cambio, poesía palaciega en torno a virreyes elegantes, arte de abanico, pueriles acrósticos, rimas de pie forzado, elogios académicos, distraen el ocio estéril de los ingenios criollos. Podría formarse una biblioteca con la poesía servil de los doctores americanos, en que se canta la llegada de un virrey, el nacimiento de un príncipe, la muerte de una reina, un auto de fe o una corrida de toros. Interviene en esos certámenes la mitología, evocada con absurdo escenario de sucesos locales. Escriben en latín poetas y prosadores, improvisan sonetos en lenguas extranjeras, pero su arte es frío, arcaico, sin libertad intelectual y sin pasión. En la literatura, no admiran el movimiento de las odas horacianas ni la elegancia de Virgilio: los entusiasma la poesía de la decadencia, la abundancia oratoria, el mito extraño. Se forman en el siglo XVIII academias en los ricos virreinos de México y del Perú y en la capitania de Venezuela: la Arcadia mexicana, la Academia del marqués Castell dos Rius en Lima, la de los hermanos Ustáriz en Caracas, donde florece la misma poesía artificial y erudita.

Al lado de estos frívolos versos, aparecen poemas como “La Araucana” o “La Cristiada”, ensayos literarios de inspiración americana. En “La Araucana” (1589), Alonso de Ercilla, capitán y poeta, canta las glorias de la conquista chilena y la viril resistencia del Arauco. Describe batallas y caracteres, narra maravillosamente, da a un conflicto local la grandeza de la antigua epopeya. Se libra del gongorismo, es el precursor del americanismo literario. En la ruda acción que evoca, la originalidad del paisaje y de los broncíneos guerreros, revela un mundo nuevo. “La Cristiada” de Fray Diego de Ojeda (1611) escrita en Lima es la epopeya de la vida de Cristo, de elocuente y apasionado ascetismo. Otros poemas, como “La Argentina” de Centenera (1602) en

que se canta la conquista del Río de la Plata, la "Rusticatio Mexicana" del P. Landívar escrita en latín a fines del siglo XVIII, la "Grandeza Mexicana" de Balbuena (1604), donde abundan descripciones de la naturaleza americana y cuadros históricos de antiguos reinos; la "Prosopopea", de Teixeira Pinto, o "Caramaru", de Santa Rita Durao, epopeyas brasileras de los siglos XVI y XVIII, se distinguen de la monótona poesía de la época: movimiento, color, elocuencia, lo mismo en Ercilla que en Balbuena, dan a estos cantos indudable primacía.

Hallais en la literatura americana el comentario de la acción, un arte erudito, la exaltación de la tierra. Falta el lirismo, la poesía subjetiva. Una admirable mexicana del siglo XVII, Sor Juana Inés de la Cruz, apasionada y culta, opone el amor divino y el amor humano, con acentos de infinita delicadeza. Sorprende esta poesía espontánea en una época artificiosa. Expresa sentimientos y tristezas desconocidos en los afectados versos de sus contemporáneos. Analiza "los efectos irracionales del amor" que "empieza como deseo y acaba en melancolía", los celos, la ausencia, la cita mística con el Amigo o la humana pasión inquieta y ardiente. Hay, en sus poesías, una rara precisión psicológica. Su misticismo es una forma de exaltación amorosa: "divino imán que adoro", "amante dulce del alma", dice en un romance a Cristo.

Si faltan grandes poetas en América, abundan eruditos y cronistas, jurisconsultos y gramáticos. Los historiadores de la conquista y de la colonia — Bernal Díaz de Castillo, biógrafo de Cortés, el padre Calancha que describe la vida de un convento limeño, Gabriel Soares de Sousa o Fray Vicente de Salvador que han observado minuciosamente el Brasil colonial del siglo XVII, — narran con la ingenuidad de un Froissart el rudo heroísmo de los iberos o las menudas devociones de la España colonial. Absortos ante la naturaleza, el fausto de los príncipes indios, la novedad de las estrellas y de los hombres, refieren sucesivas impresiones sin sabiduría ni artificio. Dicen con entusiasmo su sorpresa: así el P. Vaz de Caminhas en carta al rey portugués (1500) elogia "las fuentes del agua dulce y perenne", las "florestas densas y sombrías" del Brasil. Pasmosos eruditos producen la Colonia: son verdaderos humanistas que conocen profundamente las letras antiguas y modernas. De ellos son ejemplo el peruano Pedro de Peralta Barnuevo nacido en 1666 que escribió poesías en griego,

en latín, en español, en varias lenguas modernas, italiano, inglés, francés y portugués, que disertó, infatigable polígrafo, sobre metales y sobre música, fué historiador, astrónomo, jurisconsulto, poeta precoz y fecundísimo; el mexicano Sigüenza, matemático, astrónomo, historiador y filósofo del siglo XVII. En las órdenes religiosas, sobre todo, entre los jesuitas y los dominicanos abundaron los gramáticos que estudiaron las lenguas indígenas de América con penetrante simpatía y escribieron gramáticas y diccionarios indispensables en el diario comercio de las misiones de los indios (1).

La filosofía se reduce al perpetuo comentario de la escolástica. Ni Vives, precursor español de la crítica de Kant, ni Fox Morcillo, que quieren armonizar, en la península, las doctrinas de Platón y Aristóteles, influyen en América. Se desarrollan, sin embargo, las ideas políticas y el derecho. Las querellas entre gobernadores y obispos, las discusiones sobre el patronato, la vida inquieta de los cabildos, la enseñanza de la legislación romana en las universidades, suscitan comentarios y bizantinas disputas. Francisco de Vitoria y Domingo de Soto estudiaron en España los fundamentos del derecho natural. En América mientras discuten algunos doctores sobre la esencia o la existencia de los seres, otros analizan la condición de los indios, el principio de autoridad, la esclavitud. Solórzano Pereira escribe un tratado sobre la "Política Indiana", en que examina todas las cuestiones teóricas y legales que provocó el conflicto de indígenas y españoles. El obispo Villarroel analiza las luchas entre el poder religioso y civil en un libro notable sobre el "Gobierno Eclesiástico". Los mismos teólogos no desdeñan el estudio de los deberes del español en relación con las razas vencidas. Las leyes peninsulares parecen inspiradas por estos profesores de derecho natural: fundan "repúblicas de indios", protegen a los nuevos súbditos del rey español contra la tiranía de los conquistadores, los declaran "personas libres" y vasallos del monarca.

En el siglo XVIII, se trasforman las colonias de América. Se

---

(1) La gramática no ha sido olvidada en la época republicana. Han continuado su esfuerzo científico los misioneros. Se han estudiado los provincialismos que modifican el castellano en América. Dos grandes sabios, Bello y Rufino Cuervo, han escrito diversos tratados sobre la lógica y la historia del español. El "Diccionario de Construcción y Régimen", de Cuervo, es tan notable como el de Littré.

inician otras influencias intelectuales, de Inglaterra y de Francia. Carlos III ha decretado franquicias comerciales. España no abandona la dirección de las escuelas, pero los contrabandos holandeses y sajones complican la vida industrial e intelectual. Penetran mercaderías e ideas y caen lentamente los antiguos monopolios. Quien sabe si los audaces corsarios, vagabundos señores del Pacífico y el Atlántico, contribuyeron a la independencia americana. Llegan, peregrinos ideales, violando severas aduanas, impíos libros. Viajan los criollos a través de Francia y de España. Se estudia a Newton, a Gassendi, se fundan cátedras de matemáticas y medicina, el cartesianismo conquista escuelas contra el despotismo de un Aristóteles medioeval, interpretado por los teólogos. Empieza para las lejanas colonias la "edad de la discusión". A ergotistas y poetas de certamen suceden naturalistas, matemáticos y periodistas revolucionarios. Se fundan bibliotecas y seminarios. Ideas turbadoras anuncian la protesta guerrera.

A fines del siglo XVIII aparecen algunas "gacetas" en Lima. Desde 1539 existe la imprenta en México. En 1584 se permite su establecimiento en el Perú. Los jesuitas la introducen en Colombia en 1738. El primer periódico aparece allí en 1791. En 1792 se establece la imprenta en Cuba. En los primeros años del siglo XIX las colonias menos prósperas, Chile, la Argentina, tienen imprenta y periodismo. *La Aurora de Chile*, aparece en 1812, la primera imprenta argentina es de 1796, la uruguaya de 1807. En 1678 se fundó en la universidad de Lima la cátedra de Prima de matemáticas. Mutis dicta una cátedra de astronomía en Colombia en 1762 y enseña el sistema de Copérnico. En 1768, se quiere fundar en Caracas un colegio para el estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales. El deán Funes establece la primera de estas enseñanzas en la Argentina en 1800. Se desarrollan pronto los estudios de geografía, de medicina y astronomía y ciencias naturales. Un nuevo fervor domina en las escuelas. En las "memorias científicas" de la época se juntan abigarradamente experiencias y silogismos, materialismo y astrología. "El Mercurio Peruano", notable revista que aparece en 1791, es un modelo de estas publicaciones sabias e interesantes. La expedición científica de Humboldt a América en 1801 influye en el desarrollo intelectual de las colonias: aquel polígrafo enseña el culto de la naturaleza, analiza fenómenos sociales, propaga los nuevos principios de la ciencia. Otras misiones de hombres de ciencia, de los espa-

ñoses Ruiz y Pabón, de Jorge Juan y Antonio Ulloa, de Mutis a fines del siglo, contribuyen también a renovar los arcaicos estudios de las colonias españolas. Dos americanos estudian a principios del siglo XIX la influencia del clima en el hombre: Francisco José de Caldas, geógrafo y astrónomo en Colombia; Hipólito Unanue, médico, en el Perú.

No sólo progresan las ciencias físicas. Los criollos se consagran al estudio de la economía política, del derecho natural, de las doctrinas de los enciclopedistas franceses. Inquieta a los virreyes la popularidad de Voltaire, de Marmontel, de Raynal, de Volney. Una generación de precursores de la independencia, en el orden intelectual, sale de las escuelas transformadas. El cartesianismo y la enciclopedia preparan en Francia y en América un movimiento revolucionario. Crítica de la autoridad y de la religión, individualismo, fe en la razón y en la ciencia van a armar a un grupo de idealistas contra todos los poderes constituidos.

Así el Dr. Espejo critica en el Ecuador el régimen colonial de ignorancia y miseria. Al colombiano Antonio Nariño que había traducido los "Derechos del Hombre" en 1794, pidióle el virrey Mendinueta un plan de administración para la rebelde colonia. Nariño condena en su ensayo político los impuestos excesivos, las trabas a la exportación, el monopolio comercial e industrial. El padre Maciel reclama en Buenos Aires la libertad de la enseñanza, el abandono de Aristóteles en nombre de Descartes, Gassendi o Newton. Moreno revelaba en su célebre memoria conocimientos jurídicos y económicos, citaba a Adam Smith y a Filangieri. En el Perú, don Pablo de Olavide, nacido en 1725, amigo de los enciclopedistas, perseguido por la inquisición, propaga ideas liberales, condena la filosofía y la teología, "cuestiones frívolas e inútiles". Hereje y místico, niega como Voltaire para retractarse después en un libro "El Evangelio en Triunfo" (1795) que es, según Menéndez y Pelayo "uno de los precedentes indudables del "Genio del Cristianismo". José Baquijano ataca a fines del siglo XVIII a la escolástica que todavía domina en la universidad Limeña de San Marcos, expone ideas de Montesquieu sobre la monarquía, critica el absolutismo. En México, Lizardi, "el pensador mexicano", escritor rudo y popular, defiende en audaces periódicos, desde 1811, las ideas revolucionarias, la libertad de la prensa. El padre Mier, nacido en 1765, acusado de hereje y desterrado de México, es católico liberal. Recorre Fran-

cia y escribe sus observaciones simpáticas al movimiento revolucionario y a Napoleón. Después, lee los comentarios de Burke sobre la agitación jacobina y critica los principios que inspiraron a los legisladores de América, "metafísicamente verdaderos, pero inaplicables en la práctica, porque consideran al hombre abstracto y tal hombre no existe en la sociedad". El brasileño José Bonifacio de Andrade e Silva, nacido en 1763, se consagra a las ciencias naturales y prepara la independencia de su patria.

Mitad sabios, mitad conspiradores, atacan al absolutismo español, los monopolios, la teología, estos libres ingenios perseguidos por inquisidores y desterrados por virreyes. Rivalizan en liberalismo clérigos y letrados. No se puede condenar la educación española que formó a esta juventud curiosa, erudita y heroica, que avanza de los claustros severos a los campos asoleados y con la lectura de los clásicos latinos exaspera su criollismo intemperante. Generación epónima de marqueses millonarios y doctores mestizos, de curas liberales y cabildantes orgullosos que impone a un mundo recluso nuevas formas sociales.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Paris, 1914.

---



Eugenio Díaz Romero



## EL VIEJO

Pobre viejo,  
Que marchas agobiado del camino a la vera.  
Yo te canto en la hora de tu ocaso  
Con el pecho oprimido  
Del dolor que me inspira tu enigmático paso  
De soldado vencido.  
Ya está lejos tu ardiente primavera,  
Y sin brillo el espejo  
Que reflejó tu juventud lozana.  
Tu rostro de hoy, surcado de profundas arrugas,  
Fué, sin embargo, un día, de las bellas encanto.  
Sobre tu frente cana,  
Ya insensible al halago de la vida,  
Cayeron tus cabellos oscuros como el manto  
En que envuelves ahora tu majestad caída.  
El labio que hoy se crispa en mueca dolorosa  
Y en blasfemias sacrílegas estalla,  
Vibró con la dulzura de una fuente armoniosa  
Y con áspero acento de batalla.  
Y ese cuerpo doliente, miserable, caduco,  
Que arrastras duramente,  
Cual si el mundo pesara, todo entero, en tus hombros,  
Imprimiéndote un aire pavoroso de escombros,  
Fué ayer no más, el cuerpo adolescente  
Que en las frágiles fiestas del gimnasio venciera  
Por su ágil movimiento y su esbeltez pagana;  
El cuerpo que encerraba, como en pétrea custodia,  
Un corazón henchido de energía temprana;  
Y fecundo en vigor, pródigo diera  
La abundosa eclosión de los amores;

El mismo, en fin, que hoy labran los dolores,  
Que la humana miseria insulta y odia  
Y que mañana arrojará a la tumba  
Sin recoger un rasgo de tu historia,  
En equívoco gesto de desprecio y olvido.

¡Pobre viejo sin gloria!  
¡Antorcha moribunda!  
Te contemplo pasar, triste, abatido,  
Bajo el fardo implacable de tu larga existencia.  
Pero yo no me río de tu suerte,  
No me aparto, tampoco, de tu agrio camino.  
No ofendo con miradas desdeñosas tu anciana  
Figura que reclama con imperio la muerte.  
Yo comprendo tu mísero destino,  
Mas te tiendo con hondas efusiones mi mano,  
Te ofrezco, con el alma, mi cariño,  
Te cubro con la diáfana inocencia  
De los míseros seres que te injurian al verte.  
Hasta la blanca y púdica doncella,  
Que miras, al pasar, con dulces ojos,  
Donde apenas un rayo de otro tiempo fulgura,  
Hace escarnio, sonrío de tus años, te veja,  
Desatando en pos tuyo el reproche galante.  
Nadie piensa, al mirarte, claudicante,  
Que también fué gallarda tu figura,  
Y que al igual del joven que a la reja  
Y al fulgor titilante de una estrella,  
Vierte en promesas tibias su entrañable ternura,  
O en la trémula boca de su amada da un beso;  
Tuviste, tú también, quien te adorara,  
Y con férvido goce te brindara,  
En la flor sanguínea de unos labios rojos,  
La embriaguez turbadora, total de un embeleso,  
En que el cielo y la tierra palpitan en los ojos.

Lejos están tus años de alegría,  
Agostada por siempre la feliz primavera  
De tu edad de amoríos y de esa tu sincera  
Madurez combatiente

Que tuvo, acaso, para tí más horas  
De dicha y de quietud consoladoras,  
Que aquellas, turbulentas, de tus locos deseos.  
Apenas tu memoria, deprimida, impotente,  
Guarda el dulce recuerdo de la fiel compañera  
Que a veces secundó tus devaneos  
Y otras veces te opuso su firme mansedumbre ;  
De tus hijos amados, bellas flores  
Del árbol de tu vida, deshojadas,  
Sin piedad por la ráfaga sombría ;  
De todo lo que fué bueno a tu alma  
De padre y de señor, hombre y obrero ;  
De cuanto ayer amaste, sembrador idealista,  
En tu cruel existencia que no supo de calma,  
Cual la del héroe antiguo marchando a una conquista.  
Eso ha pasado ya, no es más que un sueño  
Que ninguno recuerda, ni tú mismo.  
Para todos aquellos que te miran  
Inclinado hacia el suelo como un sepulturero,  
Eres el pobre viejo, la ruina deleznable,  
Que clama, ansiosa, por tragar la tierra ;  
El objeto siniestro de vergüenza y ludibrio,  
El ser triste, que ahuyenta como abismo,  
Porque incurriste ; oh, viejo miserable !  
En el grave pecado  
De vivir en tu amor grande de ensueño,  
Ofendiendo a los hombres con tus álbicas canas ;  
Porque no conservaste el gallardo equilibrio  
De tu paso resuelto, de tu designio osado.  
Porque también tú fuiste incapaz de oponerte  
A los años que anuncian invisibles campanas  
Y preceden fantasmas silenciosos de muerte.  
Porque tu vida, en fin, ¡ oh ! lamentable  
Viajero de este mundo hipócrita y perverso,  
Llena un sitio que miles codician brutalmente  
Para sufrir más tarde idéntico destino.  
Por eso, porque nieva sobre tu vasta frente  
Y en sombras y tristezas tu corazón se abruma,  
Te lapidan, ingratos, en tu áspero camino,  
Te escupe la canalla su venenosa espuma.

Heme, pues, triste anciano, conmovido a tu paso.  
Una intensa piedad me inunda el pecho.  
Ganas me dan de asirte de la mano  
Y ayudarte a trepar la dura senda.  
Diré a los que te hieran sin derecho  
Y acendren la amargura de tu ocaso,  
A las lindas doncellas que sonríen  
Ante el senil elogio de tu ofrenda ;  
Al joven impetuoso, rebelde al buen consejo,  
Y al pomposo magnate que te acusan de viejo,  
Que puesto que tus horas, sin duda, están contadas  
Ellas son, por lo mismo, doblemente sagradas.

Les diré que no arrojen ni guijarros ni espinas  
Cuando por el calvario de tu vida caminas ;  
Que hubo un día en que fuiste valeroso y ufano,  
Ardiente enamorado, padre leal, buen hermano,  
Que en lugar de la injuria, que veja a quien la lanza,  
Escuchen tus oídos palabras de esperanza,  
Y que al morirte caigan buenamente de hinojos  
Cerrando con dulzura compasiva tus ojos.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

---

## LA NEGOCIACIÓN DE PAZ

### CON EL IMPERIO DEL BRASIL <sup>(1)</sup>

Cuanto más se profundiza este asunto, tan ligeramente considerado por algunos autores, muy especialmente los argentinos, no atribuyendo gran influencia a la toma de las Misiones en el resultado de la guerra e independencia uruguaya, uno se convence, cada vez más, de lo interesante del tema, envuelto en la obscuridad de los tiempos, y que comienza a revelarse en la correspondencia privada salvada milagrosamente.

Alguna razón tuvo Dorrego para ordenar a Rivera llevara su expedición hasta el Río Pardo, recordándole lo que a su respecto habían conversado en Buenos Aires. Alguna razón tuvo para querer preparar elementos sobre el Paraguay. Era que ahora ya no pensaba en entregar a los brasileños un solo palmo de tierra de lo reconquistado. Quería más: hacer la paz, pero sin separar la Provincia Oriental de las Provincias Unidas. Ya no era, pues, Rivera quien iba a dificultar la paz ansiada por Dorrego, reteniendo las Misiones. Era el mismo Dorrego quien así reaccionaría, con más una circunstancia agravante. Es sabido que lord Ponsomby insinuó o impuso al emperador del Brasil la proposición de la independencia uruguaya. Más aún: que en el *Proyecto de Convención Preliminar de Paz*, que lleva la fecha de 18 de marzo de 1828, anterior, como se vé, a la toma de las Misiones, que se efectuó el 17 de mayo, ya el emperador del Brasil declaraba su renuncia sobre la Provincia Oriental, la que

---

(1) Estos cuatro capítulos pertenecen a una obra histórica, en prensa, de que es autor el doctor Alberto Palomeque. Se titula la obra: "Guerra de la Argentina y el Brasil. El General Rivera y la campaña de Misiones, 1828". Las páginas inéditas que publicamos aquí se refieren a la gestión de nuestros plenipotenciarios Guido y Balcarce ante la corte del Brasil, para arribar a la paz, basadas en documentos que por primera vez salen a la luz pública.

debía erigirse en *Estado independiente*. Esta convención fué enviada por Ponsomby, y entregada a Dorrego, por intermedio de Mr. Parish, encargado de negocios de Inglaterra, en Buenos Aires, estando autorizada con la firma del ministro de negocios extranjeros del Imperio, marqués de Aracaty. <sup>(1)</sup> Se vé, pues, que las negociaciones de paz comenzadas durante la administración de Rivadavia, aunque con fatal resultado, como es sabido, se reanudaban después de Ituzaingó, y en vísperas de la atrevida empresa de Rivera. No sería extraño, pues, que Dorrego, en esos momentos, hiciera todo lo posible para impedir que López mismo, a quien, sin embargo, alentaría en la tarea, realizara la expedición, a cuyo efecto no le enviaría los recursos necesarios. Recuperados los Pueblos de las Siete Misiones Orientales, las negociaciones de paz continuaron, y el 12 de julio partían para Río de Janeiro los generales don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce con las instrucciones respectivas. Como era natural, la fundamental era la independencia uruguaya y la entrega de las Misiones!

### Nueva reacción de Dorrego a favor de la paz

Pues bien, — y éste es un antecedente muy importante, no mencionado por autores que se han dedicado a estudiar la cuestión de la guerra con el Brasil, a cuyo efecto han revisado los archivos argentinos y consultado muchas obras importantes, <sup>(2)</sup> — después que marcharon los generales Guido y Balcarce, se produjo otra reacción en el espíritu de Dorrego. Este gobernante cambió de opinión rápidamente, mandando una nota a los citados comisionados para que de ninguna manera firmaran el convenio

---

(1) "Guerra del Brasil" por J. Amadeo Baldrich, pág. 470. Al respecto he aquí lo que dijeron Guido y Balcarce al discutirse el Tratado de Paz: "La Legación dijo en seguida, que aunque el Gobierno de la República había aceptado explícitamente las bases propuestas por S. M. I. para una convención preliminar de paz, que le fueron trasmitidas en extracto por intermedio del ministro de S. M. B., en Buenos Aires, no prestó su asenso a los que en cinco artículos asignó en 18 de marzo del corriente año, S. E. el señor marqués de Aracaty; que por ese motivo la Legación Argentina, fiel a los encargos de su gobierno, se proponía dar su opinión expresa sobre el tenor de las bases." (Conferencia de 11 de agosto de 1828).

(2) Obra citada, pág. 479 y 480.

de paz sobre la base de la independencia uruguaya. Esto era destruir todo lo convenido, debido a la intervención de lord Ponsomby. Era más: era, por parte de Dorrego, decirle al emperador, — quien había iniciado la negociación de paz, proponiéndose esa base *sine qua non* en aquella convención de 18 de marzo, siendo aceptada por Dorrego — que se consideraba fuerte para la guerra debido a algún acontecimiento extraordinario.

¿Cuál podía ser ése? ¿qué impidió la realización de tal pensamiento en el ánimo de Dorrego?

Entre otras causas fundamentales, estaba la influencia que la victoria de Rivera tuvo en todos los rincones de la República Argentina. Rivera, en esos días, fué aclamado, considerado como el *genio de América!*

Dorrego, pues, empezó a sentir las palpitaciones de su pueblo, y de ahí que las respetara.

En su consecuencia, al proceder de aquella manera, lo hizo después de consultar el caso con hombres pensadores, entre los cuales estaba el doctor don Juan J. Gil, ministro en Inglaterra, ilustre argentino, muerto prematuramente para la patria, quienes opinaron de acuerdo con el sentimiento público. <sup>(1)</sup>

En el fondo de esa reacción de Dorrego podría verse una guerra a las ideas de los hombres de Rivadavia, quienes habían opinado, en un principio, por la independencia uruguaya, llegando algunos, como García, hasta celebrar el tratado de entrega de la provincia al Brasil, que fué unánimemente condenado por el espíritu público, en el cual se fundó Rivadavia para rechazarlo.

Los elementos federales querrían demostrar que Rivadavia había cometido un error, y de ahí que a cada rato reaccionaran, tratando de sacar partido de cualquier suceso, para así exhibir, según ellos, la base falsa de la política unitaria.

En efecto, y esto hasta ahora no se ha publicado en libro alguno, si bien ya lo hemos insinuado en alguna ocasión, el gobierno argentino, reaccionando sobre lo convenido, decía entonces, en documento que existe en el archivo del ministerio de relaciones exteriores: “Los señores ministros no deben consentir en entrar a estipular ninguna clase de tratados que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental

---

(1) La opinión del doctor Gil llegó tarde, pues tiene la fecha de 16 de enero de 1829. Véase obra de Baldrich, pág. 471.

erigida en un Estado nuevo; que, por el contrario, en todos los casos previos han de dejar conocer la oposición que ofrece para ella el pronunciamiento de la opinión conforme y general a este respecto, y el fatal ejemplo de reconocer el principio de poderse ceder o disponer de una parte del territorio en obsequio del tercero, y que en este concepto solamente se consideran autorizados para negociar, ya en el carácter de convención, armisticio, o en el de tratado, *quede sujeta aquella provincia a una independencia temporaria que sirva de ensayo para conocer la disposición a las mejoras que haya adquirido con la experiencia de lo pasado, y al final de la cual se pronuncie en favor de uno de los dos Estados a quienes* (1) *pertenecía*. No es posible que el emperador desée establecer la desmembración, porque en ese caso a nadie en lo sucesivo sería ella más fatal que a él mismo. Esta es una observación que no necesita largas explicaciones”.

Dorrego estaba convencido de su “expresa y terminante resolución”, por lo que esperaba que en caso de rechazarse el pensamiento no se rompieran las negociaciones sino continuarse dando tiempo a que la reflexión y el convencimiento, decía, “obren en el ánimo del emperador, *forzado principalmente por los sucesos que sucesivamente aumentan en favor nuestro*, los que el gobierno no descuidará de transmitir en oportunidad a los señores ministros plenipotenciarios”. (2)

Esta nota hacía referencia a dos artículos adicionales que debían agregarse a las *Instrucciones* ya recibidas. En ellos se decía que “la misma integridad del territorio brasilero y la necesidad de mantener la tranquilidad de la República, atrayendo el beneficio común de no dar pábulo a ideas de ensanche, o engrandecimiento, que es de precisión combatir diestramente, ha de estimularles a recabar un artículo expreso en que por ambas partes quede garantida la no desmembración de ninguna porción del territorio, y la obligación de hacer causa común contra cualesquiera que intentase extender sus límites en perjuicio de los países contratantes, a cuyo compromiso ha de sujetarse por el periodo

---

(1) Está mal este “quienes”, debió decirse “cuales”.

(2) Nota reservada N.º 3, de fecha 26 de julio de 1828, que se encuentra en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina, lo mismo que los demás documentos que en seguida se citan, y que por primera vez se publican en estos países. Yo mismo los copié, cuando en 1904 estuve empleado en el ministerio.



de su independencia temporaria, el gobierno que se establezca en la Provincia Oriental, del modo más firme y terminante, a evitar en lo futuro toda tentativa que sea ocasión de alterar la paz y buena inteligencia que debe producir la prosperidad en estos países nacientes”.

En los artículos adicionales, y en la nota explicativa, se hacen referencias a la necesidad de impedir que los países contratantes pudieran dividirse. Esta pretensión era la misma que había formulado el representante del Brasil en 1824, <sup>(1)</sup> a fin de no destruir la obra realizada en la Provincia Cisplatina. Entonces el Brasil quería que la Argentina hiciera idéntica declaración, para así sancionarse la usurpación del territorio uruguayo; declaración que aquélla se guardó muy bien de hacer. Ahora, era ella la que lo pretendía para asegurar sus pretensiones durante la independencia temporaria, y no se reprodujeran los sueños de Artigas al querer organizar una nueva nación con los territorios del Uruguay, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes. Pretendía imposibilitarla durante la independencia temporaria, pues para después quedaba atada, es decir, no tendría libertad más que para entregarse a uno u a otro de los contratantes!

Lo impolítico del pensamiento se revela con sólo tener presente la influencia que uno y otro país han tratado de ejercer en aquel territorio, aun siendo independiente. ¡Qué vida espantosa habría sido la de esa independencia *temporaria*, para asegurarse cada uno de los contratantes el plebiscito popular al vencimiento del plazo estipulado!

### Actitud de los ministros Guido y Balcarce

Ahora bien, ¿qué hicieron los plenipotenciarios argentinos ante semejante cambio de frente de Dorrego? ¿se atrevieron a cumplir la parte de las instrucciones en lo que se refería a la independencia temporaria? ¿tuvieron conocimiento los caudillos orientales de lo que se tramaba? ¿en qué razones concretas se fundaba Dorrego para hacer cambiar de rumbo a la nave, cuando ya se estaba en el puerto y con el ancla en el fondo?

---

(1) Véase “Orígenes de la diplomacia argentina” por Alberto Palomeque. Esto se estableció en el tratado de 4 de septiembre de 1857, que no se ratificó, celebrado entre el Brasil y la Argentina.

Los señores Guido y Balcarce declararon, en el acto, que “creerían faltar a su honor, a su deber y a la alta confianza con que el gobierno los había honrado, si no hiciesen con franqueza las observaciones que naturalmente fluyen del contexto de la citada nota, cuyas prevenciones están contrastadas con la naturaleza de las cosas, con la experiencia del pasado y con el cuadro presente que los plenipotenciarios tienen a la vista, y quienes nadie más que ellos pueden avaluar debidamente, por lo mismo que están sobre el lugar de la escena”.

Después de este preámbulo, en el cual se vislumbra lo que iban a decir los señores plenipotenciarios, hacían presente que “muy desde luego conocieron, al iniciar sus tareas, que la independencia temporal de la Provincia de Montevideo estaba reprobada en los consejos del gabinete del Brasil, y que sobre esta base sería muy difícil, por no decir imposible, negociar con provecho”.

Este conocimiento regló la conducta ulterior de los plenipotenciarios, por lo que decían: “Desde que la adquirieron debieron tentar otras vías, y éstas no podían hallarse sino en la independencia absoluta. Esta base no ha sido recibida con la prevención que la otra, *en lo cual sin duda tendría mucha parte el punto de honor que es natural se haya formado este gobierno, de tratar sobre una base propuesta por él, de antemano aceptada por la República, comunicada por su gobierno al jefe de los orientales, y aceptada por él satisfactoriamente*”.

Los negociadores continuaban recordando a su gobierno que “todas las aberturas y proposiciones ulteriores se han dirigido en este sentido, del que será *preciso* ahora hacer una desviación, si, como previene la nota que se contesta, deben separarse ideas cuya tendencia sea la absoluta independencia de la Provincia Oriental y formación de un Estado nuevo”.

En presencia de este hecho grave, — que todo lo trastornaba, en el que sufría la seriedad del propio gobierno argentino, al separarse de una base fundamental ya aceptada por todos los interesados, por lo que podía decirse que los plenipotenciarios no habían ido a Río de Janeiro sino sobre seguro, a llenar una formalidad diplomática, — los generales Balcarce y Guido se consideraron obligados a recordar que su “existencia política y honor individual estaban identificados con el crédito de su gobierno y con los intereses más vitales del Estado Argentino”, por lo que se “permitían, en obsequio de respetos tan sagrados, ir más ade-

lante en sus observaciones y analizar los fundamentos en que está motivada la resolución del gobierno contenida en la citada nota, bien persuadidos que en todo caso se apreciará de un modo digno el espíritu que preside a sus explicaciones”.

Hoy, que por primera vez la historia argentina conoce la actitud circunspecta y correcta de los generales Guido y Balcarce en el incidente grave que relatamos, tiene una ocasión más para enaltecer la memoria de tan conspicuos personajes. Ellos, con su prudente sabiduría, cortaron de raíz un mal que empezaba a desarrollarse y tomar grandes proporciones. Dorrego había perdido la cabeza — *¡esta cabeza! ¡esta cabeza!* — como le decía a Pueyrredón, — que tantas cosas indebidas le hizo hacer en su vida impulsiva, rescatadas con su martirio y su valor en la hora de la muerte!

### Argumentos de Dorrego impugnados por los negociadores

Los ministros recordaban que eran tres los principales argumentos hechos por Dorrego para “convencer de la necesidad de la variación: 1.º, las últimas ocurrencias de esta Corte con motivo de la sedición de las tropas extranjeras; 2.º, los avances de la expedición del Norte; 3.º, la circunstancia del aumento de nuestra fuerza marítima”.

Como era natural, esos tres argumentos fueron victoriosamente rebatidos.

La sedición de los irlandeses y alemanes estaba concluída; los primeros se habían ausentado para su país, y los alemanes habían sido distribuídos en el Imperio. Fué un error de Dorrego el de haber querido participar de tan vergonzoso hecho. <sup>(1)</sup>

La circunstancia de haberse aumentado la armada con cuatro insignificantes buques, por obra del entusiasmo popular (la fragata hamburguesa *Matilde*, la goleta francesa *Hydra*, y los bergantines americanos *Faney* y *Allister*), no era un hecho de importancia.

Y, por último, como se vé, se invocaba el triunfo de Misiones, es decir, el ejército del norte, comandado por Rivera; cuando,

---

(1) Véase Baldrich, pág. 460 y “Revista Nacional”, trabajo del doctor don Manuel F. Mantilla.

en lo único en que Dorrego pensaba era en arrancarlo a Rivera del país para lanzarlo sobre el Paraguay, no queriéndole de manera alguna en la guerra con el Imperio. Por lo demás, no había tal *ejército del norte*, sino elementos dispersos que se preparaban para reingresar a territorio uruguayo, porque ya todos sabían que la paz era un hecho sobre la base de la nueva república. Los soldados de Misiones nunca pertenecerían de verdad a tal nominal ejército del norte.

Como los plenipotenciarios lo declaraban, ellos habían ido a Río de Janeiro sabiéndose lo ya pactado, hasta *por el jefe de los orientales*, que lo había acatado. Esta paz era un hecho ya consumado, y no podía volverse atrás. Desde *marzo 18 de 1828* así estaba consignado en la convención enviada por el Emperador, y entregada a Dorrego, que la aceptó, con conocimiento de los orientales. En prueba de ello, éste designó la respectiva misión el *17 de junio*; y el *12 de julio* partían los plenipotenciarios, que concluían el tratado el *27 de agosto de 1828*.

El llamado ejército del norte, que aquí se hacía valer, ahora, para querer continuar la guerra, respondiendo a la gritería popular, que ignoraba todos los secretos de Estado, sólo serviría para imponer la paz, ésta que Dorrego creía comprometida, a triunfar Rivera en Misiones. El Emperador no miraba ese ejército como elemento de guerra, sino como pródromo de paz!

Estas nuevas *Instrucciones* colocaban a los negociadores en una bien difícil situación, la cual estaba expuesta, de una manera concluyente, en esa fundada y literaria nota, obra, puede desde luego asegurarse, del ilustrado escritor el general don Tomás Guido, honra y prez de las letras argentinas.

Al ocuparse de la influencia de la toma de las Misiones, se hacía una declaración de sumo interés político. Ellos decían que “cuanto mayores sean los progresos de la expedición del norte, tanto más derechos creerán haber adquirido los orientales para *conquistar una independencia, que, sin esos títulos nuevos, ha sido siempre objeto de su idolatría*, por más que las circunstancias particulares en que se han visto, los hayan reducido *algunas veces a adoptar el arbitrio de la simulación*”.

Guido y Balcarce hablaban como una pitonisa. Ellos habían actuado muy de cerca con los orientales. Conocían a fondo aquel pueblo, incapaz de agachar la cerviz. Habían tenido a su lado hombres de aquel terruño, muchos de los cuales ahora vagaban

por Misiones, con Rivera, <sup>(1)</sup> y conocían a fondo sus tendencias ingénitas. En dicha frase no hacían más que reflejar el sentimiento de ese pueblo indómito, el cual, unas veces, se presentaba brioso, de cuerpo gentil, en la lucha por su independencia, mientras otras, como aquellos lo decían, recurría a la *simulación*. Esta expresión, que pasará a la historia, explica perfectamente la Declaratoria del 20 de agosto de 1825 sobre incorporación de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas del Río de la Plata. La intención de los negociadores al emplear esa frase era marcadísima. A esa actitud de los caudillos orientales se referían evidentemente los generales Guido y Balcarce, confirmada una vez más por los incidentes de esos días, precursores de Misiones, de que pronto hablaremos. Como se vé, los negociadores argentinos daban a la invasión de Misiones el carácter emancipador que en sí tenía, respecto del cual tan equivocado se hallaba Dorrego. De ahí vendría la paz, y la independencia absoluta. Nunca podría deducirse de él un argumento para la continuación de la guerra.

Destruído este argumento, quedaba el relativo al aumento del armamento naval. Los negociadores alegaban "las enormes dificultades que habrá que vencer antes de la realización del armamento naval, después que han tenido presente el monto de la subscripción, a pesar de estar de por medio el patriotismo de los contribuyentes, el impulso vigoroso de un gobierno y la valentía del proyecto que se tiene en vista. De todos modos, si éste llegase a realizarse un día, lo que desean sinceramente los que subscriben, no por eso sólo habriase eludido la eventualidad de los acontecimientos que son tan ordinarios en el curso de las operaciones marciales. Además, S. M. I. avisado de este peligro por los papeles públicos de esa capital, ha dispuesto sea reforzado el bloqueo inmediatamente con una fragata de guerra, una corbeta, y algunos oficiales destinarlos a la escuadra brasileña en el Río de la Plata".

Rebatidos los tres argumentos hechos, arribaban a la conclusión de que era "poco menos que un imposible moral el que llegue a negociarse la paz bajo otra base que la de la independencia absoluta de la Provincia Oriental". Y dicho esto, exponían consi-

---

(1) El coronel don José María Palomeque, ayudante de Balcarce en la guerra por la Independencia Argentina, era ahora uno de los ciudadanos que se hallaban en la invasión de Misiones.

deraciones muy sesudas, que la historia debe recoger y divulgar, no sólo por emanar de quienes emanaban, sino por la profundidad del pensamiento.

Es la primera vez que en este asunto se va a la intra-historia, y se escucha la voz de ultratumba de los protagonistas en el drama. Aquí hablaban en reserva, confidencialmente, decían su íntimo ideal, sin ocultamientos de ningún género, sin temor de quien les escuchaba ni de comprometer intereses generales.

“La contienda por su naturaleza”, decían con criterio elevado, “prolongación y demás circunstancias que la afectan, se ha convertido positivamente en una verdadera guerra de opinión. Podría decirse, sin impropiedad, que de ambas partes se disputa más por el crédito y buen parecer de los beligerantes, que por intereses de otra naturaleza distinta. De consiguiente, debe creerse que nunca habrá punto de contacto, sino en aquel medio que concilie el decoro, o sea el orgullo nacional, si se quiere, de los dos Estados contendientes. Este medio no puede hallarse sino en la absoluta independencia del país disputado, con cuyo arbitrio ambos beligerantes quedan bien puestos, ganando recíprocamente cada uno en lo que pierde el otro, y ganando ambos simultáneamente en la nueva categoría y ser político del cuerpo moral sobre que pendía la controversia, en las garantías que él proporciona para impedir la colisión de los partidos, y el choque de los intereses de los beligerantes entre los cuales viene a interponerse ese mismo Estado como medianero nato de sus diferencias.”

Este raciocinio de alta filosofía política, nacido de la talentosamente de los negociadores, parecía no bastarles. Querían demostrarle a Dorrego el abismo a donde iría a parar si contrariaba “la opinión general de la parte pensadora de ambos Estados, la del pueblo oriental que afecta, conoce sus verdaderos intereses, y el sufragio de la potencia mediadora, cuya última circunstancia, decían, es notoria hasta la evidencia a los ministros que subscriben”. Por eso le recordaban que “la base de la independencia absoluta libraba a la República Argentina, o al menos a Buenos Aires, de una guerra doméstica con la Provincia Oriental, y la libraba con honor y provecho de ambas, pues ahora, decían, “no es la Provincia de Montevideo la que exige, ni la de Buenos Aires la que difiere a su solicitud, sino a la de un poder tercero, que tiene posesión y derechos probables que hacer valer, fuerza en que apoyarlos, y títulos en su mismo desprendimiento, *con que*

*algún día enajenaría tal vez la afección de los orientales en perjuicio de la República Argentina, colocándola en mal punto de vista con ellos mismos por la iliberalidad con que caracterizarían la resistencia inesperada del Gobierno de la República a formar de la Provincia Oriental un Estado nuevo e independiente”.*

El talento político estaba ahí de manifiesto. Balcarce y Guido se apresuraban a decirle a Dorrego: “no contradiga usted la opinión general de ese pueblo; déjelo usted libre e independiente, respetando ese sentimiento autónomo que acaba de manifestarse en el choque de Lavalleja y Rivera con Alvear y Rodríguez, y en la acción atrevida de la recuperación de los Pueblos de las Siete Misiones Orientales; esa es no sólo la opinión de quien es dueño de sus intereses, sino también de la gente pensadora de ambos Estados”.

No convenía tirar demasiado la cuerda, porque entonces ese pueblo, con el andar del tiempo, buscaría en los hombres del otro lado del Cuareim lo que ellos aparentemente le habían dado: afecto y cariño. Era necesario concluir con la colisión de los partidos de la nueva provincia con Buenos Aires, para evitar guerras domésticas. Esto lo veían claro los negociadores. Dorrego se convencería de ello, mas no así los hombres que pertenecieron a su agrupación futura. No quisieron escuchar la palabra profética de Guido y Balcarce, y buscaron en esa colisión, en esa conmixtión política, la solución de problemas venideros, que produjeron la intervención del tirano Rosas, con su instrumento Oribe, en la provincia independiente. Y entonces, ese núcleo de argentinos se enajenaría la simpatía de aquel país, el cual buscó, como lo previeron Guido y Balcarce, en los brasileños, la alianza de 1851, para ir contra el poder dictatorial de Buenos Aires, y vencerlo!

Y quienes tal acontecimiento extraordinario y solemne desarrollarían en 1851, serían los perseguidos de 1828 contra los perseguidores de la misma época. El sentimiento autónomo que estalló en Misiones en 1828, sería el mismo de 1843 frente a las huestes de Rosas y Oribe en Montevideo. Era el mismo que les había legado Artigas: ni españoles, ni brasileños, ni argentinos!

Era vidriosa la situación de los ministros. Ellos así lo reconocían, por lo que le decían al ministro de relaciones exteriores

y de guerra y marina, brigadier general don José Rondeau, que “sabría valorar el conflicto en que se encontraban, al tener que respetar y obedecer órdenes que están en tan manifiesta contradicción con su convicción íntima, con su conciencia, y que en cierto modo destruyen una parte de sus primeras instrucciones”.

Sin embargo, como buenos soldados, se colocaban al frente del enemigo, y, acatando las órdenes recibidas, estaban “dispuestos a no perdonar medio para que se llenaran las intenciones de su gobierno, y las pondrían en acción a todo trance para llevar la negociación al punto de partida que señalaban los artículos adicionales, bien que sin lisonjearse del éxito en ese punto, así como se lisonjearan, decían, de haber procedido hasta aquí sobre principios honrosos a su patria, a su gobierno y a su carácter público, y en conformidad a las instrucciones que recibieron. (1)

Hacían las del héroe a quien se le envía al sacrificio.

La documentación exhibida y extensamente extractada, porque así lo impone la solemnidad del asunto internacional, que recién hoy se exhuma de entre el polvo del archivo ministerial, viene a colocar las figuras simpáticas y talentosas de los generales don Tomás Guido y don Juan Ramón Balcarce en el lugar que realmente les corresponde.

En efecto, ellos salvaron su conciencia en esa nota ahí *reservada* durante cerca de 80 años. Mientras tanto, al leer los protocolos de la Convención de Paz del año 28, se ignoraba cuál fuera el verdadero sentimiento de esos hombres. Ellos reconocían que debían callar y obedecer ostensiblemente, aunque dejando ahí, en nota *reservada*, la manifestación elocuente de sus sentimientos íntimos, para que la posteridad algún día los juzgara. Mientras tanto, en las actas labradas al discutirse la Convención de Paz aparecían cumpliendo con lo ordenado en las *Instrucciones*, como soldados enviados al sacrificio. Pero su conciencia, como ellos decían, estaba descartada del asunto.

Los historiadores, que nada de lo expuesto conocían, han atacado a los negociadores. En efecto, don Antonio Díaz nos dice: “Es sensible que tratándose de un asunto esencialmente democrático, *fuesen batidos en brecha los plenipotenciarios republi-*

---

(1) Nota de Balcarce y Guido al ministro Rondeau, fechada en Río de Janeiro a 18 de agosto de 1828, en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina.



*canos por los representantes imperiales. ¡Tanto le costaba a la República Argentina abandonar la última esperanza!*" (1)

¡Ah! Si el señor Díaz hubiera conocido lo expuesto, habría dicho: "¡Honor a quienes mejor que los representantes imperiales, supieron colocar las cosas en su lugar y proclamar bien alto el sentimiento independiente de los orientales, que los conducía hasta la *simulación* para llegar al logro de sus aspiraciones!" Ese valor de los plenipotenciarios argentinos de saber guardar silencio, para no revelar un secreto de Estado, enaltece sus personalidades. Supieron ser fieles a la confianza en ellos depositada, y nunca se atrevieron a desplegar los labios para relatar lo sucedido.

Cuando los plenipotenciarios argentinos propusieron al Imperio el artículo adicional sobre la independencia *temporaria* de cinco años, sabían que iban al fracaso, contrariando los sentimientos de la *gente pensadora de ambos Estados*. De ello se aprovecharon los representantes imperialistas para aparecer, ante la historia, atrayéndose ese *cariño* de los orientales de que hablaban Guido y Balcarce. Ellos dijeron entonces: "Que no podían excusarse de notar que se tentase el arbitrio de una independencia temporaria, quimérica e insuficiente; que la honra, así de la república como del Brasil, consistía en que, conviniendo una vez en constituir entre ambos Estados un tercero, gozase de una independencia duradera, sin que quedase la sospecha de que alguno de los dos Estados contratantes se reservaba pretextos para ingerirse y trastornar sus destinos: que el ensayo de la independencia de aquella provincia por el espacio de cinco años, era considerado por los ministros de S. M. *como ofensivo e injurioso a los orientales*, porque era lo mismo que darles por mitad la libertad que pretendían, y sujetarlos a un vergonzoso estado de pupilos." (2)

Los señores Guido y Balcarce, al oír todo esto, y mucho más que creyeron del caso exponer los representantes brasileños, se dirían para sí: "Pero, si estáis predicando a convencidos; si supierais que es el triunfo de Misiones, obtenido por el esfuerzo de los orientales, entre otros sucesos, el que ha hecho cambiar de criterio a la República Argentina!"

Por lo demás, esas Misiones fueron materia de controversia.

---

(1) Véase pág. 74, nota, obra de don Antonio Díaz.

(2) Conferencia del 14 de agosto de 1828.

El Emperador llegó hasta el punto de declarar que daría *por rota toda negociación* si se pretendía discutir la posesión *temporaria* de las Misiones hasta la evacuación de la plaza de Montevideo por el Imperio. Los plenipotenciarios argentinos tuvieron naturalmente que ceder en ambas cosas. Y ¡cosa curiosa!, del protocolo aparecen vencidos los argentinos; pero, de todo lo que hemos expuesto resulta que ambas partes estaban de acuerdo. Dorrego habría sido el primero, según Pueyrredón, quien lamentaría, antes de realizarse, la toma de Misiones, porque suponía que Rivera se opondría a su devolución, dificultando la paz. Y Rivera no se opuso, y la paz se hizo!

Mientras tanto, la historia escrita protocolarmente hace aparecer a los imperialistas con *cariño* por los orientales, para quienes consideraban *ofensivo e indecoroso la independencia temporaria!* Felizmente ahí está la nota *reservada* durante 80 años, poniendo en claro el amor de los argentinos.

¡Cuánta palabra profética! Esa nota de Guido y Balcarce es un timbre de honor para la Argentina, siendo de lamentarse haya permanecido *reservada* tan largo tiempo.

Cábenos la satisfacción de haberla rastreado y entregádola a la publicidad.

ALBERTO PALOMEQUE.

Setiembre de 1914.

---

## LA PROGENIE DE HERCULES

*Al Dr. Francisco E. Correa, Diputado Nacional por Santa Fe.*

Hace mucho tiempo que Alberdi, buscando en sus *Bases*, la raíz de nuestras luchas civiles y la debilidad financiera de las provincias frente a Buenos Aires, en motivos que no fueran una simple rencilla de hombres y de divisas, los encontró, no tanto en la situación política en que España nos dejara después de la colonia, como en la fundación de las ciudades que posteriormente a las guerras de la Independencia, constituyeron el mapa definitivo de la República.

Desde un punto de vista geográfico y comercial, nada hay que ofrezca en materia de conquistas un tan notable contraste, como las ocupaciones inglesa y españolas en América.

Mientras la primera, tendió a prolongarse a lo largo de sus costas marítimas, creando ciudades independientes sobre el océano, libres las unas de las otras, sin más vínculos comunes que los de la lengua y la tradición, tuvo en la facilidad del tráfico directo con la civilización occidental, la capacidad económica necesaria para el fundamento de una democracia y el campo abierto donde germinó con éxito la libertad de pensar.

Los Estados Unidos fueron un país desde su origen. Su paso de colonia inglesa a república independiente, fué un cambio constitucional y no político. Políticamente gozaron bajo la colonia, de un territorio repartido con más o menos homogeneidad, de franquicias comerciales, de los rudimentos de una civilización y de una lengua que los unificaba, en el peligro constante de los indios en el Oeste y de los negros en el Sur. Peligro éste, que resultó a la larga más terrible que aquel, porque como los indios no se sometieron ni se mezclaron, su exterminio fué total, en tanto que

los negros traídos y vendidos como esclavos, no sólo se sometieron, sino que se propagaron y aunque los norteamericanos los odien y los desprecien, tienen por la constitución iguales derechos y garantías, por donde este singular retazo africano, transportado únicamente con miras comerciales, vino a apropiarse con el tiempo, de los beneficios con que en un gesto de fraternidad, aquella envolvió por igual a todos los habitantes de la Unión. Estos, en cambio, se lo han agradecido, dejando sobre una extensa porción del territorio, la mancha oscura de su infamante origen y la multiplicación de su prole incapaz. Hermosa lección.

Los grandes Estados, como las grandes ciudades americanas, colocados los unos y las otras, en idénticas condiciones ante la competencia del comercio universal, hicieron de esa faja atlántica, tan bien aprovechada, la base de su actual prosperidad.

Su *Far West*, el Oeste americano, vino más tarde, cuando el Este, es decir sus costas marítimas, daban con sus puertos, su riqueza material y sus vías de comunicación, las facilidades suficientes para volcar en el océano, el trabajo de ese oeste fabuloso, tan parecido a la pampa nuestra, con las relatividades del caso y cuya vida agrícola y rural, nos llega de continuo, popularizada en los libros de Roosevelt o en las películas de los cines.

Crearon con las fuentes de sus recursos los orígenes legales de su libertad. Pudiendo pagar los gastos de su democracia tuvieron el derecho de discutirla, creyendo con razón que las democracias que no se costean, tienen la libertad de los millonarios que viven a préstamo de sus usureros. Y aunque neguemos al capitalismo como doctrina, no seamos pesimistas para con el dinero que es su hijo mayor. Ni creamos que la riqueza pública americana sea el fruto de la pobreza relativa de sus habitantes. Afirmarlo sería comodidad y creerlo escepticismo.

Trapeo que se sostenga con estas cuerdas le rompe, por lo general, los huesos al equilibrista.

Por esto hay que respetarlos, porque se hicieron respetar. Frente a la Europa de la Santa Alianza, aparecieron un día en momentos bien solemnes para América. Y no fué entonces su razón, ni su justicia, ni su derecho, sino su potencialidad económica para comprar buques y armar soldados, lo que detuvo las ganas nada tranquilas con que nos amagaron españoles, franceses y rusos. No era precisamente en nombre de una doctrina, antes bien, de una actitud, por lo que la banda temible se quedó en la

otra orilla. A la doctrina, se la pudieron llevar por delante, pero a la actitud que los obligaba a tomar otra, no. Fué así como nació la doctrina Monroe, de un bravo gesto de coraje. Claro que como doctrina, venía a culminar en una manera de pensar, ya especificada y delineada en casi todos los mensajes de los presidentes anteriores, del Congreso mismo, de Clay su portabandera, y de una opinión pública favorable a la no intromisión europea en América. Pero todo esto no hubiera valido nada, si llegado el momento, la doctrina no hubiera sido más que papel escrito. Monroe demostró lo contrario. De ahí que hay que referirse a su actitud primero y a la doctrina que lleva su nombre después.

De aquellos días a hoy, han pasado muchas cosas entremezcladas con el viejo episodio. Buscando dinero, los norteamericanos han hecho adelantar la civilización. Tendrá que agradecerse ésta si es honrada, como los químicos a la alquimia y los libros incomprensibles a los prólogos que los aclaran. Porque el dinero podrá pasar, pero las conquistas del espíritu humano no. Puede que el dinero que ha sido su objeto, llegue a constituir su preocupación. Detengámonos, sin embargo, y no filosofemos. Lo que está ante nuestros ojos, es algo tan claro y tan fuera de toda abstracción, que si ésta quisiera sentarse, para levantar cómodamente sus construcciones ideológicas, sería atropellada veinte veces al día, por los que yendo de prisa, suponen que el pensamiento que no tiene una expresión práctica y concreta, resulta perezoso por lo improductivo.

Qué me importa que los discos de Edison o el telégrafo de Morse, enriquezcan con su producto los bolsillos de un comerciante, inclusive los del inventor, si en la música que guardan o en las palabras que transmite, está patente e indiscutible el triunfo de la inteligencia y del ingenio, que sin buscar el camino oculto, de esa verdad eterna que los teósofos suponen agazapada en las páginas de algún libro, ellos la anticipan sin anunciarla demasiado, en la forma de una máquina agrícola, de un hilo telefónico o de la maravilla sorprendente de la lámpara eléctrica.

Y todo esto es el fruto del estímulo, de la energía, del deseo de tener dinero. Siendo una conciencia nacional, la pública consideración que otorga, se supone que los que lo ganaron poseyeron algo más que la suerte gloriosa o nefasta del jugador. Es pues, una de las formas de la selección natural, no hay que considerar de otra manera el apetito de su posesión.

Y si representa la comodidad de la vida y la libre originalidad de las ideas, si ensancha el corazón en lugar de oprimirlo y sirve con lealtad a los ideales que ni apaga ni mata, antes bien los resucita si es que han muerto, quédenos su provecho para encauzarlo en los nobles afanes a que sea menester y despreciemos la filosofía amarga de los amargados, no porque el dinero exista sino porque no lo poseen.

Hay una literatura que lo combate y colocado dentro de sus páginas el crítico que lo fulmina, está en las condiciones del que públicamente odia, a la mujer que adora en secreto, o de los que aparentan inhibirse de las posiciones a las que en silencio aspiran llegar.

Triste destino el de los pueblos sin independencia financiera, como el de los hombres sin recursos personales, carecen los unos de una efectiva conciencia política, como soportan los otros, el dolor azaroso de poner un tabique de miedo entre el mundo de los hombres y el del espíritu. El pensamiento, sin la palabra que es su resorte y su traje, es un hijo eterno que pegado en las entrañas no se pudiera concebir. A este precio, más le valiera no asomarse en la forma de una llama ardiente, por los ojos que su fuego quema y no consume, ni agitar convulsivamente las manos que lo delatan en la nerviosidad de los dedos, ni ponerse a la sombra de una vida, para alumbrarla mezquina y temblorosamente, mientras en un rincón del cerebro, como un sufrimiento, se renueva su alcohol inmortal.

---

¿Y nosotros?

¿Fuimos un país antes y después de 1810? ¿Políticamente lo fuimos?

Que en la geografía americana, el mapa de la Argentina se extendiera hasta el estrecho magallánico y se recostaran sus lagos interiores, en porciones de leguas por el sur andino, nada importa. Bien sabemos que la república no era eso. Hoy mismo no lo es; es algo que está por hacerse.

La República la constituían, entonces como hoy, por sobre todo Buenos Aires y unos cuantos puntitos, más en el interior que en el litoral, lo que era un contrasentido.

Esos puntitos eran: Córdoba en primera línea, Tucumán arriba,

y las florecientes provincias andinas, nacidas con el tráfico de Chile, amén de las otras, secundarias, ogaño como antaño, exceptuando Santa Fe y Entre Ríos.

Bien se advierte que no eran éstas las vías de la civilización y del comercio. Surgieron de un plan extraño a estas especulaciones.

El camino al Perú fué el secreto de su fundación. Se hicieron buscando su ruta o volviendo de ella. Desde el punto de vista de la comunicación con el mundo de occidente, nos resultan absurdas, desde el punto de vista del interés en el vellocino peruno, tienen su lógica.

Esto dió por resultado la existencia de diez provincias absolutamente mediterráneas, tres litorales y una marítima... en el país cuya costa atlántica hubiera podido albergar ciudades que serían emporios en la actualidad.

Al revés de los Estados Unidos, hemos poblado el Oeste, antes que el Este; el desierto interior a despecho de la costa comunicable y abierta. Hicimos trece casas con una sola puerta que era Buenos Aires. Porque ni aun Santa Fe y Entre Ríos, con estar sobre el Paraná, pudieron librarse de quedar encerradas, a pesar de su río, el día que a un Rosas, por ejemplo, se le ocurrió prohibir e impedir la navegación de los ríos interiores.

Y he aquí a todo un país, entrando y saliendo por un solo conducto. El secreto de nuestras luchas civiles ha residido en esto. En que el país, con un solo punto de comunicación exterior, quedaba con una única aduana. Forzosamente la provincia en donde se hallara colocado ese elemento de poder, tendría que imponerse a las demás.

La desigualdad económica de nuestras provincias y de nuestras ciudades, con respecto a Buenos Aires, ha pesado, como pesa hoy día, en una desproporción tan evidente que el extranjero que se ocupa de nosotros, es lo primero que ve: el bienestar material que permite hacer avenidas en Buenos Aires y la miseria de provincias como La Rioja, San Luis o Jujuy, donde a lo mejor no hay agua buena para beber. Y son provincias argentinas, tan provincias como las ricas y tan autónomas. Pero de qué les sirve la autonomía?... Sin duda para tener una constitución.

Y es que estas provincias no tuvieron una razón de ser comercial. Y ahí está todo. El tiempo y las circunstancias, se vengaron de no haberlos tenido en cuenta, haciendo de Santa Fe y Entre

Ríos, inferiores a Mendoza y a San Juan, en el año 10 y en el 20, lo que tenían que ser una vez promulgada la libre navegación de los ríos, a la tarde siguiente de Caseros.

¿Y por qué? Porque estaban sobre el Paraná, sencillamente.

Y Córdoba, que era una señora ciudad, la gran ciudad argentina cuando Sarmiento la evocó en su "Facundo", comparémosla con Rosario, que a pesar de su lejana fundación, sólo comenzó a vivir a raíz de las disidencias de Buenos Aires con las provincias, hasta convertirse en puerto de la Confederación?

Apenas si alcanza a sesenta años, la fecha de este acontecimiento y ahí está Córdoba y ahí está Rosario. ¿Y por qué? Porque el Rosario es la salida de todo el interior argentino y está sobre el Paraná.

Ahí tenemos a Bahía Blanca, comparémosla con cualquiera de las ciudades del interior nuestro, ciudades que le llevan doscientos y trescientos años de vida y Bahía Blanca, será, sin dudarle un segundo, la tercera ciudad de la república, porque no tiene más que llamar los buques a su puerto. Formidable razón. Todavía vamos a ver a todo ese sur desconocido para nosotros, surgir, nada más que por el prodigio de sus costas marítimas, una vez intensificada la población, casi nula hoy, en razón a su enorme extensión y surgir con ventaja sobre las más viejas ciudades argentinas.

Y es que ahí ha estado el verdadero país. La República futura se está fabricando en silencio como todas las grandes creaciones. Cierto es que para preparar y afrontar tan grandioso suceso, no contamos más que con la inmigración, poca cosa con ser mucha.

Vamos entregando de esta manera, todas las nobles ocupaciones de la tierra al brazo extranjero. Nada hacemos en pro de una población agrícola nuestra. Sé que algo se hace, pero es tan poco, en relación con lo que se debiera hacer, que este esfuerzo por lo débil, se pierde en la nada.

No tenemos en realidad más que dos grandes problemas: el de la educación primaria y el de la ocupación de la tierra. Que esta última sea ocupada y explotada por manos nativas, es la mejor obra de patriotismo que se le puede hacer a la República.

Lo de problemas espirituales, sociológicos y de otra índole, es pura literatura, gusto de gastar papel, gente que vive en Buenos Aires y no se da cuenta del país en que vive. Ante la visión pavo-



rosa de leguas y leguas desiertas y que hay que poblar, el problema agrario asume la primacía sobre todos.

¿Qué sacamos con ser argentinos y tener una patria común, si comenzamos por ser extraños a la tierra en que vivimos, desde el momento que ni la usufructuamos ni la cultivamos?

Despreciemos la patria de oda lírica, cantada a menudo con los himnos de la adulonería y quedémonos con la efectiva y la cierta, la patria que haciendo propietarios de la tierra los inviste del más sagrado título para la defensa de su suelo. País que no tiene intereses materiales que defender, no tiene tampoco motivos poderosos para luchar.

¿Acaso nuestra juventud está vinculada en algo con este problema? ¿Lo conoce acaso? La excepción entre ella debieran ser las carreras liberales, sin embargo, son su plato apetecido. ¿Y por qué si nuestros intereses individuales y colectivos nos tiran lejos de las facultades, nos recibimos de abogados y médicos sin que los pleitos abunden y sin que los enfermos sean tantos?

Porque nuestra educación conspira contra nuestros propios intereses.

El Colegio Nacional, tipo de nuestra educación media, no llena ninguna de las funciones para la que está llamada la juventud en un país como el nuestro. La educación intelectualista que proporciona — sin serlo por supuesto, pero hay que darle algún nombre — lleva a la facultad derecho o al fracaso seguro cuando se deserta de ella. No la llevan a la vida que vivimos y de la que debiera participar.

Esta orientación intelectualista de nuestra enseñanza que comienza en el Colegio Nacional debe forzosamente terminar en la Facultad!... ¡Ya tenemos Facultad de Ciencias Comerciales!

Puesta la mano sobre el corazón, ¿siente el país la necesidad de institutos de esta naturaleza? Esto es crear una casta de mandarines, una burocracia que vivirá de todo menos de su oficio. Nace este instituto a costa de las tres cuartas partes del país analfabeto, del Chaco frondoso y desconocido, de la Patagonia desierta, con provincias pobres, a pesar de sus recursos, sepultadas en sus capitales miserables. La creación de este nuevo doctorado da idea de cómo se ha entendido la instrucción pública entre nosotros.

El día que lleven un Colegio Nacional por Río Negro, Chubut o Santa Cruz, todos dejarán sus trabajos para ser doctores en

Buenos Aires, que es precisamente lo que les sucede a las provincias del interior, que tras de no tener población, los pocos bachilleres que egresan, una vez en Buenos Aires, no quieren volver. El Colegio Nacional les ha abierto la puerta para que se vayan, en vez de cerrársela para que se queden.

Pero, ¿cómo se los obliga? Ahí está la palabra de orden. Hay que transformar totalmente al Colegio Nacional o dejar los necesarios y crear un nuevo tipo de escuela en armonía con la vida actual del país.

Cuando escribo estas líneas no puedo omitir el nombre del doctor Osvaldo Magnasco. Está tan vinculada su obra y su espíritu a la reforma de que me ocupo, que por un tiempo, la reforma y el reformador fueron una sola cosa.

Ojalá suceda cuanto antes este cambio radical en nuestra enseñanza, que lo sería en nuestras costumbres.

Tendría así, esa Patagonia de leyenda, elementos con que afrontar el destino que le está deparado.

Su clima, su extensión, su situación geográfica, crearán un tipo de argentino nuevo, grandote y fortacho como sus antecesores indígenas y nueva ruta para el comercio del mundo.

Como sólo con ciertos elementos se acometen ciertas empresas, no ha de ser con doctores de la Facultad, con lo que se ha de desafiar los vientos patagónicos, la soledad de los valles y el silencio de los grandes lagos. Por algo se llama este artículo: "La Progenie de Hércules". La progenie del atleta y del héroe, amasada y asoleada en tierra argentina, al calor de las faenas agrícolas y de la vida rural. Esta es nuestra vida, nuestro presupuesto, nuestra razón de ser, porque todo principia y termina entre nosotros con las lluvias y las cosechas.

Y es así, si la tierra es nuestro gran problema y nuestra gran política, la primera preocupación debe ser, después de amarla, trabajarla. Porque un pueblo que no cultiva su territorio, no lo posee, lo habita nada más. Y cuidado, que esto no esté pasando con nosotros.

JORGE WALTER PERKINS.

---

## EL HILO DE ORO

**La senda estéril.**

Quiero hoy rimar mi verso  
con un ritmo quimérico y cansado,  
que tenga el feble son  
de una canción de otoño en lejanía,  
para que mi alma pueda  
vagar como un espíritu encantado  
por este lago azul  
de mi vieja y lustral melancolía.  
Ya no puedo vivir,  
Señor, dame la paz de tu remanso.  
La bestia del dolor  
ha saciado en mi carne su apetito.  
Ciego de fe te busco,  
Señor, en dónde estás, que ya me canso,  
que ya muero, Señor,  
que ya siento el horror de estar maldito.  
Dí mi sangre a la vida  
con la casta pasión del sacrificio,  
dí mi alma a la ilusión  
contra la angustia de ruines tentaciones,  
y hoy, sin sangre y sin alma,  
siento el ciego y oscuro maleficio  
del gusano que muerde  
el hilo azul de las meditaciones.  
Voy solo por la senda  
que cubrió de cadáveres el Viejo.  
Un sol cristiano muere  
sangriento y dolorido en el ocaso.

Los ojos de los muertos  
    incendian su fosfórico reflejo  
y la voz de la sombra  
    murmura maldiciones a mi paso.  
Busco reposo y lloro  
    por tanto amor que pudo ser, perdido.  
Quiero morir y siento  
    la pena de mi vida abandonada.  
Me angustian el cansancio  
    y la paz de la tierra y del olvido.  
Muerdo, lleno de horror,  
    porque detrás de mí no dejo nada.

### **Ananké.**

Hastiado de esa feria miserable y maldita  
que destrozó mis sendas en flor del porvenir,  
ya sólo busco, enfermo de esta pena infinita,  
una piadosa mano que me ayude a morir.

Todos fuisteis conmigo generosos y buenos,  
si hubo en algo una culpa, la pusieron quizás  
lo que las fuerzas ciegas meditaron de menos  
o lo que el claro espíritu se iluminó de más.

No lloreis por la pobre juventud de un payaso  
que mostró sus cartones por conservar su raso.  
Lo mejor de mi alma fué su ruta escondida.

Y acaso ahora mi carne, de regreso a la tierra,  
podrá mostraros todas las ternuras que encierra,  
dando vida a esas rosas que le negó la Vida.

### **Oriente.**

Las plebes tienen hambre de justicia.  
Legislador, arrójales un hueso.  
Y tú, burgués, explota su estulticia  
con un poco de patria y de progreso.

La democracia triunfa en los comicios  
y el bajo fondo su falange apresta.  
Se derogan los códigos patricios.  
La civilización está de fiesta.

### Los enigmas.

Palabras, risas, besos,  
celos, pereza, envidia,  
canto de la cigarra,  
ilusiones, promesas y candor.  
Alegre enigma del Amor.

Curiosidad, necesidad,  
ciego empeño de ver,  
silogismo, alma obscura,  
catálogo, apariencia.  
Docto enigma de la Ciencia.

Traiciones de la vida y de la muerte,  
pasión premeditada,  
oficina del mágico ideal,  
feria, gruta, baluarte.  
Enigma metafísico del Arte.

Terror, valor, rencor, instinto, orgullo,  
nube roja, ola gris,  
naipe, superstición,  
hierro, sol, sangre y tierra.  
Siniestro enigma de la Guerra.

Humildad, sencillez, contemplación,  
tren de domingo, armario de familia,  
banca de la bondad,  
muerte, página en blanco, pagaré.  
Ingenuo enigma de la Fe.

Hambre, fatiga, sed, dolor, fracaso...  
El hombre vagará perpetuamente

sobre las huellas de su propio paso,  
de oriente a ocaso  
y de ocaso a oriente.

**Post-scriptum.**

Como un blanco estandarte  
llega la confianza:  
— La docta indiferencia  
está alabando tu arte.

Mueven sus incensarios  
los nardos en el cieno.  
— Preparad, sagitarios,  
la flecha y el veneno.

— Los derogados ritmos  
a los tuyos dan cita.  
— La venganza medita  
sus nuevos logaritmos.

— En copas se ha fundido  
el acero tenaz.  
— Pigmalión pide a Dido  
un tratado de paz.

— ¿Y la pluma que atorra  
tu clásico linaje?  
— Empavesa la gorra  
de seda de mi paje.

— ¿Y el lápiz de las guerras  
de la caricatura?  
— Amillara las tierras  
de mi literatura.

— Da cobijo su techo  
y es amparo su alfombra.  
— Desconfía, el acecho  
siempre buscó la sombra.

Y es de ver por qué suerte  
de contrición, los vinos  
no embriagan ya y la muerte  
viste cándidos linos,

(el vino que mató tanto seso de bruto  
y la muerte que siempre se vestía de luto).

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

---

## CARNE DE POETAS

Las carnes que emanan emoción y pensamientos artísticos, siempre me han inspirado profunda admiración y cariño.

Debajo del sol — y tal vez encima — no creo que haya un misterio más admirable que el del cuerpo humano cuando su ardor orgánico relampaguea para producir los bellos pensamientos.

Para mí la carne de un artista es carne excepcionalmente valiosa; es quizá la única digna de privilegios, (no se ofendan por esto las hermosas mujeres) como que de ella humea lo único que entre cielo y tierra tiene prestigios de divina eternidad.

La aureola pintada sobre las cabezas de los grandes místicos antiguos, quizá no sea un simple capricho decorativo. Posible es que siempre se haya producido ese halo de fosforescencia nebular en torno a los cerebros electrizados por la excesiva intensidad mental.

No hay por qué suponer que la fuerza eléctrica, que tan sutiles y luminosos fenómenos produce, sea superior y más noble que la fuerza psíquica o astral, o como quiera llamarse a ese flúido productor de las ideas.

Prescindo de las investigaciones científicas sobre el mecanismo del cerebro; prescindo, por ahora, de ese nervio recóndito aprisionado por el sabio Cajal; y prescindo del rigorismo de laboratorios, exigido por los colegas a las afirmaciones profesionales.

Aquí no habla el médico sino el fervoroso admirador de los poetas y artistas en general.

Esa admiración me ha acercado siempre a ellos, permitiéndome, al observar sus dolencias, convencerme de que son organismos raros, de idiosincrasias especiales, de nervios complicados, casi de carne excepcional, como dije al principio.

Podríase afirmar que hasta en sus funciones de nutrición, de asimilación y de desgaste se cumplen en ellos otras leyes; y hasta que gozan y sufren de manera distinta a los demás prójimos que no tenemos la peligrosa dicha de ser productores de belleza.

Su modo de ver el mundo cotidiano es diferente, quizá por el



hábito de mirar de afuera para adentro, dando así más importancia a las sensaciones que a los objetos exteriores que se las producen. Eso que les alucina los sentidos, eso que tantas veces se ha llamado el velo de la ilusión, debe ser el flúido, el halo, la aureola, la emanación fosfórica escapada de sus cerebros vibrantes.

Acostunbrados como están a concentrar su espíritu en los tres temas fundamentales del arte: el amor, el dolor y la muerte, su vida íntima y hasta su vida fisiológica se afecta de la desadaptación al ambiente vulgar, y de ahí sus caprichos, sus extravagancias, sus excesos y su irascibilidad.

El médico que al examinarlos se preocupe más de su cuerpo que de su estado espiritual, fracasa irremisiblemente. En esa clase de enfermos la preocupación del paciente constituye el gran elemento curativo, toda vez que en ellos la fuerza mental influye sobre la carne y la domina con más intensidad que en los demás organismos.

Por eso la sugestión es con ellos de eficacia extraordinaria; pero para que el médico pueda ejercerla, le es preciso apoderarse de su espíritu, y para esto es necesario sondearle su tendencia, calcular su coeficiente de vibración, vislumbrar el orden de sus ideas predominantes en un momento dado, y sobre todo, no contrariárselo con autoritarismo profesional.

Para ellos la solemnidad del médico es poco menos que la seriedad del burro. De ahí el que Talero sostenga que yo he salvado de la muerte a Rubén Darío, a él mismo y a otros poetas y escritores, no con drogas, sino con mi "risa rubia".

Recuerdo que hace catorce años se me presentó en el Hospital Rawson Rubén Darío, pálido y tembloroso, creyéndose ya con todos los síntomas de la hidrofobia, porque acababa de rasguñarle un dedo cualquier perrito juguetero. Comprendí en el acto que, sin unas cuantas carcajadas, la sugestión era imposible, y que sin ello tan poderosa imaginación bien podía causarle de veras la hidrofobia. Mientras gustábamos una copa de whisky and soda, y reíamos con el recuerdo cómico del "Rey que rabió", un enfermero capturó a un gozque vagabundo cuya sangre inocente sirvió para un análisis que por siempre salvó a Rubén de los demonios de la rabia.

Y así ¡ cuántas veces! su corazón, su hígado, no se normalizaron de repente, tan sólo con una auscultación, una ligera percusión y una broma de optimismo.

Las neurastenias de ese ilustre genio son muy interesantes y exóticas. Algunas de las crisis de inquietud, de vacío, de aerofobia, de ausencia personal, no son sino fenómenos de la abstracción previa a los accesos de canto.

Es la "celeste enfermedad" cuyo tratamiento consiste en estimular la producción a fin de que con ésta se precipite la descarga nerviosa de una tensión que embotaba y ensombrecía al cerebro.

Cuando años atrás estuvo Eduardo Talero agonizante, observé un caso típico de desdoblamiento de la personalidad. En su estado subconsciente afirmaba que en su cama yacían dos personas enemigas: una alegre y lozana, y otra perversa y triste que torturaba e insultaba a la primera, que a su vez repelía con codazos a la segunda. Comprendí el fenómeno; acepté la visión del enfermo; y de acuerdo con éste convinimos en cambiar la cama ancha por otra muy angosta, de modo que la persona hostil y triste no tuviera espacio donde acostarse. Con esa sugestión desapareció el desdoblamiento. En realidad eso no era sino la personificación ilusoria de la fuerza vital hostilizada por la dolorosa enfermedad.

Pero prescindiendo del delirio morboso, ¿ese fenómeno de la doble personalidad, no lo presentan todos los artistas en su vida normal?

Fijándose minuciosamente se puede observar que el poeta distraído en el ordinario trato callejero, es casi persona distinta del poeta poseído de presión mental, en trance de producción próxima o reciente. Su pulsación, su temperatura, sus miradas, sus expresiones fisionómicas, hasta su voz son distintas.

Entonces es cuando las drogas aplicadas a la carne fallan; y cuando el médico debe convertirse en amigo, y sobre todo en auxiliar y estimulante de las descargas psíquicas, que si éstas torturan y en ocasiones calcinan el cráneo donde estallan, en cambio nos embellecen la vida, con las únicas fulguraciones celestes y reveladoras de algún fuego divino.

Y si esto es así, justo sería respetar la carne de los artistas consagrados, como los católicos veneran a la carne de hostia.

Y ya que no podríamos comerla, que tan amarga debe ser, porfiemos siquiera por eternizarla dándole el derecho que corresponde a la de tantos de nuestros antiguos poetas olvidados, para perdurar en mármoles y bronces.

MARTÍN REIBEL.



Martin Reibel

## LITERATURA DE JUVENTUD

Se escribe para el corazón, para el pensamiento y para la vista.

El lírico y el sentimental usan el primer sistema y hacen páginas de sentimiento para los sentimentales y los líricos. Noble el motivo y noble el fin, son los trabajadores de lo muy hondo — a veces lo vulgar, siempre lo común — de la especie que ama, que sufre y que llora. Es el escritor-consuelo y vale por lo que escribe, sobre todo cuando logra escribir como un gran escritor.

Filósofos y sabios se deciden por el segundo sistema. Son los que auscultan el bien y el mal de la vida, en el espíritu y en el cuerpo. Los escritores del porvenir, por excelencia, y los escritores de la humanidad, por antonomasia. Los más seguros y los más grandes escritores.

Los demás — legión impune y perjudicial — escriben lisa y llanamente para la vista. Por desgracia, la juventud se atiene a este sistema, unas veces por error y otras por facilidad. Pero la juventud es ideal, es fuerza, es impulso. Es lo que se propone y es lo que dispone. Es lo que adelanta y es lo que empuja. Es lo que debe ver y es lo que debe hacer. ¿Cómo viene, entonces, en la juventud, este mal inmenso de la pluma hueca, aunque sonora, débil, aunque fecunda? Juventud es aprender y juventud es vivir. Si las fuentes más lejanas y las más difíciles de abreviar están a su alcance, ya que el tiempo y el afán y la agilidad le caracterizan, ¿cómo es que produce lo inútil y lo innecesario?

Lo sabe ella misma. Su labor le acusa y le descubre. Su fracaso es la consecuencia de su método: imita. Y los hombres que imitan no producen; redundan. Y únicamente son buenos escritores los que producen y crean.

Juventud deberá ser producir con virtualidad, sincera y personalmente. Mirar con los propios ojos y hacer con las propias

manos. Y ensayar el vuelo con las propias alas. Así será grande; porque aunque yerre, tendrá vergüenza de su error y se perfeccionará. Y porque es necesario errar para saber del error y enmendarse, y para aprender a no errar. Y porque imitar es creer en el maestro y ser discípulo siempre.

Estamos en tiempos de afirmar lo que vemos, sentimos y tocamos. Ellos nos reclaman más ciencia y más verdad. Y estamos, además, en los tiempos del hombre. La misma libertad, su principio razonable y grandioso, requiere su independencia, como garantía segura de su desenvolvimiento eficaz.

Los escritores son los índices de la humanidad. Son los que la historian, la comprenden y la mejoran. Si no lo consiguen así, será que sus plumas no sirven y están de más.

Por eso es que los literatos, los que sólo hacen literatura — ropaje, vistosismo, emoción sin un fin — escriben para la vista. Si la juventud les imita y labora bajo ese sistema, renuncia en el principio de su desempeño.

La palabra “literato” debe desaparecer. O escritor hondo y de verdad, o pluma, simple pluma vana y sin objeto.

JULIO CRUZ GHIO.

---

## EL GIGANTE EGOISTA

Todas las tardes, al volver de la escuela, los niños tenían costumbre de ir a jugar en el jardín del Gigante.

Era un gran jardín delicioso, de césped verde y suave. Acá y allá, sobre la hierba, asomaban hermosas flores como estrellas y había doce durazneros que en la primavera se llenaban de delicadas florecillas de rojo y perla, y en el otoño se cargaban de rica fruta. Los pájaros se paraban en los árboles y cantaban tan dulcemente que los niños solían interrumpir sus juegos para escucharlos.

— ¡Qué felices somos aquí! — se decían.

Un día volvió el Gigante. Había ido a visitar a su amigo el ogro Corneo y se había quedado siete años con él. Transcurrido este tiempo y ya dicho todo lo que tenía que decir, — pues su conversación era limitada, — decidió volver a su castillo. Al llegar vió a los niños jugando en el jardín.

— ¿Qué estáis haciendo aquí? — gritó con voz estentórea. Y los niños echaron a correr. — Mi jardín es mío, todo el mundo puede comprender esto y nadie sino yo jugará en él!

Y así fué que construyó un alto muro alrededor y puso un cartel que decía :

### LOS CONTRAVENTORES SERÁN PERSEGUIDOS

Era un Gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían donde jugar. Trataron de hacerlo en la carretera, pero estaba muy polvorienta y llena de piedras duras, y no les agradó. Solían caminar alrededor del alto muro y conversar sobre el hermoso jardín que encerraba.

— ¡Qué felices éramos allí! — se decían.

Llegó la primavera, y el campo se cubrió de pequeñas flores y pajaritos. Solamente en el jardín del Gigante egoista persistía aún el invierno. Los pájaros no se cuidaban de cantar en él ahora que no había niños y los árboles se olvidaron de florecer. Cierta vez una hermosa flor asomó su corola sobre el césped, pero al ver el cartel sintió tanta pena por los niños que volvió a esconderse. Los únicos satisfechos eran la nieve y la helada.

— La primavera ha olvidado este jardín — exclamaron — de modo que nosotros viviremos aquí todo el año.

La nieve cubrió el césped con su gran manto blanco y la helada pintó de plata todos los árboles. Luego invitaron al viento norte a acompañarlas y éste vino. Estaba envuelto en pieles y bramaba todo el día por el jardín, silbando dentro de las chimeas.

— Este es un lugar delicioso, — dijo — tenemos que pedir al granizo que nos visite.

Y vino el granizo. Todos los días tamborileaba durante tres horas en el techo del castillo, hasta que hubo roto casi todas las pizarras. Y luego corría alrededor del jardín lo más ligero que podía. Estaba vestido de gris y su pecho era como el hielo.

— No puedo comprender por qué la primavera se retarda tanto, — decía el Gigante egoista, sentado en la ventana, mirando su jardín frío y blanco.— ¡Espero que habrá un cambio de tiempo!

Pero la primavera nunca llegaba, ni tampoco el verano. El otoño dió doradas frutas a todos los jardines, mas no dió ninguna al jardín del Gigante.

— ¡Es demasiado egoista! — dijo.

Así es que allí siempre era invierno y el viento norte, el granizo, la helada y la nieve, danzaban alrededor entre los árboles.

Cierta mañana, el Gigante se hallaba despierto en la cama, cuando oyó una música deliciosa. Sonó tan suavemente a sus oídos, que pensó si serían los músicos del rey que pasaban. En realidad no era más que un chorlito que cantaba afuera en la ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que aquella le pareció la música más hermosa del mundo. Luego el granizo interrumpió la danza y el viento norte dejó de rugir, y un deleitoso perfume llegó a él a través de la ventaaa abierta.

— Creo que la primavera habrá llegado al fin, — dijo, saltando de la cama y miró hacia afuera.

¿Qué observó?

Un cuadro magnífico. A través de un pequeño agujero abierto en el muro, los niños se habían escurrido y estaban sentados en las ramas de los árboles.

En cada árbol que alcanzaba a ver había un niño. Y los árboles estaban tan contentos de haberlos recobrado, que se cubrían de flores, balanceando sus brazos sobre la cabeza de los niños. Los pájaros volaban a su alrededor y gorjeaban con deleite, y las flores asomándose sobre la verde hierba, sonreían. Era una escena encantadora. Solamente en un rincón del jardín, continuaba el invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y en él hallábase parado un niño. Era tan chico que no podía alcanzar a las ramas del árbol y caminaba alrededor llorando amargamente. El pobre árbol estaba aún cubierto de helada y nieve y el viento norte soplaba y crugía sobre él.

— ¡Sube, pequeñito! — decía el árbol, y bajaba sus ramas todo lo que podía; pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del Gigante se ablandó al ver esto.

— ¡Qué egoísta he sido! — se dijo; — ahora sé por qué la primavera no quería venir aquí. Voy a poner a ese pobre niño en la cima del árbol y luego derribaré el muro y mi jardín será eternamente el sitio de recreo para los niños.

Realmente estaba muy triste por lo que había hecho.

Bajó las escaleras, abrió muy suavemente la puerta de entrada y salió al jardín. Mas cuando los niños lo vieron se asustaron tanto que escaparon todos y se hizo otra vez invierno en el jardín. Pero el niño no corrió, porque sus ojos estaban tan llenos de lágrimas que no vió llegar al Gigante. Este, se puso cautelosamente detrás de él, lo tomó con cariño sobre una mano y lo subió al árbol. Y desde ese momento el árbol empezó a florecer y los pájaros cantaron en sus ramas. El pequeño extendió sus brazos y apretándolos al cuello del Gigante lo besó. Viendo los otros niños que el Gigante no estaba enojado volvieron corriendo y con ellos vino la primavera.

— Es vuestro jardín, — dijo éste y tomando una gran hacha derribó el muro.

Y la gente que pasaba a mediodía para el mercado encontró al Gigante, jugando con los niños en el más hermoso jardín que pueda imaginarse. Jugaron todo el día y a la tarde fueron a despedirse de su amigo.



— Pero, ¿dónde está vuestro compañerito? — díjoles. El Gigante lo prefería entre todos porque el niño lo había besado.

— No sabemos, — respondieron — se ha ido!

— Debéis decirle que no tema nada y que vuelva mañana!

Pero los niños afirmaron que no sabían dónde vivía y que jamás le habían visto hasta entonces, y el Gigante se puso muy triste.

Todas las tardes al terminar la escuela venían los niños a jugar. Pero el pequeño a quien amaba el Gigante no volvió a vérselo. Este era muy bueno con todos los niños, aunque deseaba vivamente ver a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

— Cómo me gustaría verlo! — solía decir.

Pasaron los años y el Gigante se puso muy viejo y débil. No podía jugar con los niños y se sentaba en un enorme sillón custodiándolos, mientras gozaba con las bellezas de su jardín.

— Tengo muchas flores hermosas, — decía, — pero los niños son las más hermosas flores!

Una mañana de invierno estaba mirando desde su ventana hacia afuera, mientras se vestía. Ya no odiaba el invierno, pues sabía que la primavera dormía y con ella despertarían las flores.

De repente se restregó los ojos asombrado y miró y volvió a mirar. Era un cuadro maravilloso. En el rincón más apartado del jardín había un árbol completamente cubierto de encantadoras flores blancas. Sus ramas eran todas doradas, de ellas pendían frutas de plata y debajo estaba parado el niño que él amaba.

El Gigante, con gran alegría bajó corriendo las escaleras y salió al jardín. Cruzó apresuradamente el césped y se aproximó al niño. Cuando estuvo junto a él su cara se encendió de cólera y dijo:

— ¿Quién se ha atrevido a heriros?, pues en las palmas de las manos del niño había la impresión de dos clavos y la impresión de dos clavos en sus pequeños pies.

— ¿Quién se ha atrevido a heriros?, — gritó — decídmelo, que he de tomar mi gran espada y matarle!

— ¡No! — respondió el niño — pues éstas son las heridas del amor!

— ¿Quién sois? — preguntó el Gigante y se sintió invadido por un extraño temor cayendo de hinojos ante el niño.

Miró éste al Gigante, y dijo:

— Un día me dejasteis jugar en vuestro jardín, hoy vendréis conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron corriendo esa tarde, encontraron al Gigante muerto, tendido debajo del árbol, completamente cubierto de flores blancas.

OSCAR WILDE.

Traducido del inglés por Luisa Sara S. de Barreda.

---

## DEL ORIGEN DE LA POESIA

El Mar, ese país llano y eterno  
Que engalana sus campos con encajes  
De espuma; que en sus iras más salvajes  
Ahóndase hasta dentro, hasta el Infierno  
O elévase hasta el Cielo, como un brazo  
Que se tendiera a Dios; el Mar, gigante  
Cuando abate y sepulta, delirante,  
Riquezas, vidas, con siniestro abrazo;  
El Mar, fiera domada cuando canta  
Como desperezándose en la arena  
La monótona, eterna cantilena  
Del flujo y del reflujo.

Se levanta  
Una roca como alma altiva y muda.  
— Altiva porque se hizo en la batalla  
Con el Destino, muda porque calla  
Sus pesares. — Como álzase una duda  
En un sueño de amor, surge cortando  
Con un rasgo cruel la playa inmensa.  
La ha cincelado el Mar. Ella condensa  
La historia de los Siglos. Y fijando  
En sus grietas la vista, rememora  
Cuántas noches oscuras, tenebrosas,  
Cuántas iras del Mar! ; Oh, cuántas cosas  
Ha escrito Dios en ella!

El Sol, que llora  
Sus lágrimas de luz sobre la Tierra  
En un derroche magno que enceguece,  
Va perdiéndose ya... — Rojo, parece  
La hostia de una religión de Guerra. —

El viento gime con amarga pena.  
 Gime, porque, nacido con el mundo,  
 A través de los Siglos errabundo,  
 Vió las llagas que abría la cadena  
 De la opresión en pechos descarnados,  
 Y está hecho de odios, de pasiones,  
 De llantos, de dolor, de imprecaciones.  
 — Con el Mar confundidos y abrazados  
 Van elevando un salmo a lo Infinito. —

Un hombre yérguese en la enhiesta Roca.  
 En su frente, en sus ojos, en su boca,  
 Hay un gesto de Enigma, cual si el rito  
 De Creación oficiase. El Mar domina  
 Mientras el Viento riza sus cabellos  
 Y el Astro con sus últimos destellos  
 Lo nimba en una irradiación divina.

Y Dios en las alturas.

Dice el Hombre :

“Hermano de la Nada siendo Todo,  
 Creador de Luz y Sombra, nieve y lodo,  
 Por quien, cual pregoneros de su nombre  
 Ruge la Ola, se desata el Viento  
 Y arde el Sol. Como un soplo que vertiera  
 Destellos en lo que antes niebla fuera  
 Derramaste, Señor, el Pensamiento  
 En el fondo sin fondo de mí mismo;  
 ¡Te lo vuelvo, mi Dios, porque es maldito,  
 Y en mis entrañas ruge el ronco grito  
 De un dolor que ha llegado al paroxismo!  
 ¿De qué sirve pensar, de qué, si luego  
 Que en lo más hondo mío, en ese arcano  
 Que está dentro de mí sin ser humano  
 Concibo, abrasadoras como fuego,  
 Brillantes como soles, fantasías  
 Que bullen y trastornan y se agitan,  
 Como enjambres que locos necesitan  
 Subir, subir, dejando las sombrías  
 Regiones de los mundos hasta el Cielo,

Y al salir de los labios hecho nota  
Humana, lo que fuera antes ignota  
Llama divina, surge como un velo  
Que lo ahoga y aplasta la Impotencia,  
Y rudo, áspero, vil, brota el lenguaje?  
¿Por qué, Señor, por qué si fuí salvaje  
— Viviendo por vivir — de inteligencia  
Inundaste mi ser y no me diste  
Algo más grande y luminoso, algo  
Que me haga valer más de lo que valgo?  
Es cierto que soy Rey y que encendiste  
El Sol en los espacios como una  
Lámpara colosal de mi faena,  
Y colgaste en mis noches la serena  
Lámpara cariñosa de la Luna.  
Es cierto que cuando álzanse los montes  
E interrumpen la paz de mis llanuras  
Los escalan mis pies, y en sus alturas  
Me emborracho de nuevos horizontes!  
Es cierto. Fuiste pródigo en grandezas  
Al crearme a tu imagen, y hasta tengo  
Ser hijo, cual lumínico abolengo,  
De la Altitud suprema en las Altezas!  
Pero falta, Señor, porque me aplasta  
Tan mísero poder, tan grande anhelo,  
Porque me ahoga, Dios, mirar el Cielo  
Y al Cielo no llegar; porque no basta  
A mi ambición ser Rey sino Rey grande,  
Porque quiero y no puedo penetrarme  
En lo hondo de las cosas y abismarme  
En la armonía colosal que espande  
Como un foco de luz, Naturaleza!  
Quiero decir al Sol que le bendigo:  
Hablarle cara a cara, como amigo,  
Pero aunque llevo erguida la cabeza  
No llega al Sol! No puedo ni siquiera  
Interpretar lo Noble, lo Sublime,  
Lo Suave, lo Triunfal, lo que redime,  
Mi ser del lodo ruín de que naciera.  
Y aunque impotente sienta, sufra y calle,

Soy, sé por un secreto desvarío,  
Una caja de música, Dios mío,  
Que aguarda tu señal para que estalle!  
Soy un Rey en la Tierra... Rey fantasma,  
Tan apegado a mi pesar al suelo  
Que envidio de las águilas el vuelo;  
Y cuando el Mar se yergue, cuando espasma  
Cada átomo la ira de sus olas  
Y chocan con furor y se levantan  
Y caen luego, braman, lloran, cantan,  
Entonces ¡Dios, mi Padre! al verme a solas  
Ante grandiosidad tan iracunda,  
Te presiento rigiendo esa batalla,  
Y al ver que lengua, balbuciente, calla,  
Un no sé qué de mágico me inunda  
Y lloro como el Mar, como él me arrastro,  
Y mi pecho sacuden las tormentas  
Más ásperas! — Las luchas son, violentas,  
De la Impotencia y ese inmenso astro  
Que llaman Pensamiento. — Mientras tanto,  
En el alma ha quedado la divina  
Inspiración y brota una mezquina  
Expresión incoherente, sin encanto,  
Que no truena ni estalla, que parece  
Murmullo hueco, sin repercusiones,  
Como enfermo latir de corazones,  
Eco que muere, luz que languidece...  
¡No quiero el Pensamiento! Cuando rudo  
Habitador del Bosque fuí dichoso,  
Y fiero, sin lirismos, Rey-Coloso,  
Delante de Belleza pasé mudo.  
Hoy la quiero loar; aun más, ansío  
Penetrar en su seno, amalgamarme  
Hecho carne en su carne y empaparme  
Hecho luz en su luz ¡oh, Padre mío!  
Y Belleza entra en mí; y aquí en el pecho  
Como nube preñada me palpita:  
Necesita parir con infinita  
Explosión que ensordezca! ¡Es tan estrecho  
Mi ser y tan inmensa Fantasía!...

Mas... me ahoga Impotencia... quiero y callo...

"¡ Y ya no puedo más, Señor, ya estallo"...

Y:

— Canta! — dijo Dios.

Y fué Poesía.

ALBERTO MENDIOROZ.

La Plata.

---

## LOS PRIMITIVOS HABITANTES DEL DELTA DEL PARANÁ

POR LUIS MARÍA TORRES

Con lamentable frecuencia se escriben juicios críticos sobre obras científicas, sin haberlas leído siquiera superficialmente. Todos están sujetos al mismo patrón: título de la obra, resumen del prólogo, ojeada rápida al índice y varios epítetos elogiosos, intercalados con tino. Como nadie protesta por el elogio, el crítico escapa así del compromiso, olvidando que tanto la loa, como la censura, deben justificarse, pues, de otro modo, carecen en absoluto de valor.

Estos críticos formulan sus juicios con la buena intención de estimular al productor, ignorando que los hombres superiores no necesitan ese acicate, porque están estimulados por dentro.

De tal manera se abusa hoy de esta fórmula, que los mismos calificativos encomiásticos, evidencian, más que de admiración, un sentimiento de lástima hacia el autor, como si éste, a sabiendas, marchara al sacrificio.

Por múltiples causas, cuyo análisis me desviaría de mi propósito, la verdad es que, particularmente en nuestro medio, la producción intelectual ocupa hoy un plano secundario.

Pero abandonemos estas reflexiones harto conocidas, para tratar en síntesis la obra del doctor Torres.

El libro ofrece, desde luego, un escollo insalvable para los perezosos que, con la excusa de las exigencias de la vida actual, creen justificar su holgazanería. La obra es voluminosa y no puede serlo de otra manera, porque representa la labor de muchos años y es, además, de investigación y análisis minucioso, donde no basta la palabra de autor, por autorizado que sea, si no se documenta en forma irreprochable.



Se trata de un libro de gran formato, con 616 páginas, abundante material de ilustraciones, en grabados, figuras, planchas, diagramas, planillas, cuadros de datos antropométricos, resúmenes; llena de erudición, con una bibliografía muy cuidada, de labor fina, no puede ser leída sino con tiempo y reposo.

Es el exponente de una intensa labor, y, comenzaría diciendo que el doctor Torres es un hombre laborioso, si eso bastara para recomendar la producción; pero, como por el mundo anda el producto de mucha labor inútil, nada habría concretado con ese epíteto.

Ante todo, interesa conocer el método general de la gestación de la obra y el de su ejecución, también general, sin perjuicio de analizar someramente los seguidos en el manejo del instrumental y en los cómputos.

En primer término debe tenerse presente, que el autor ha nutrido su mente por el procedimiento más eficaz, la observación directa, haciendo vida completa de explorador durante no pocos años, recorriendo una vasta comarca, no al acaso, sino según un plan ordenado y un criterio hecho de investigador. Es así como pudo recoger *in situ*, gran parte del material que cimenta su estudio. La producción de Torres es, pues, original.

Este trabajo preliminar de observación atenta del medio y de coleccionista, se extendió, en lo que a esta obra concierne, desde el año 1900 a 1906.

Como su mismo título indica, el libro no encara una sola faz científica, sino que abarca un amplio conjunto. Se trata del estudio de un pueblo, desde los puntos de vista antropológico, étnico y sociológico. De ahí que su primer cuidado haya sido el de seleccionar y clasificar todo el material, dándole su importancia relativa. Establece dos grandes grupos: el antropológico y el arqueológico, como punto de apoyo para el estudio etnográfico, sociológico y lingüístico.

Antes de entrar en el material mismo, se ocupa especialmente del medio, o sea del territorio y sus caracteres, como ambiente de adaptación, y así, describe su aspecto general, no sólo del punto de vista geográfico (el río Paraná, el Delta, las islas, los bañados, las crecientes, los vientos, los albardones, las costas, los brazos, etc., etc.), sino también biológico. Luego penetra en las formaciones geológicas, aportando las opiniones más autorizadas y las que deben considerarse como observaciones propias.

Todo lo referente al análisis estratigráfico, se apoya en datos paleontológicos.

Para terminar con el estudio del ambiente, Torres se ocupa de la fauna y flora del Delta, y, sin entrar en mayores detalles, hace una enumeración somera de las principales especies, como para dar una idea general del medio, del punto de vista biológico.

Evidentemente, la gestación de la obra puede dividirse en tres períodos: el primero que corresponde al trabajo del explorador, con una orientación precisa; el segundo, al hombre de laboratorio, y el tercero, al pensador.

El trabajo del explorador queda resumido en menos de 50 páginas (prólogo y condiciones del medio). Con el material coleccionado, penetra en el laboratorio, para someterlo a sus pesquisas y análisis, y pone de manifiesto el método especial seguido en sus investigaciones. Luego, al través de un mundo de datos numéricos, de esquemas, de gráficos, el pensador llega a conclusiones concretas.

Para fundarlas, las apoya justamente en todo el sólido basamento que ha podido proveerle un método científico riguroso, aplicado con toda imparcialidad.

Este es, en síntesis, el orden seguido en la confección de la obra.

Vamos ahora a la obra misma:

En la segunda parte, "Antropología y Arqueología", comienza haciendo una síntesis de las exploraciones y descubrimientos de S. Roth y sus conclusiones. Roth ha podido observar cantidad de paraderos, cementerios y túmulos indígenas, de donde recogió material de positivo valor. Refiere luego las exploraciones de Ambrosetti, Lista, Martínez y otros, para hacer la relación de los viajes por él realizados, poniendo de relieve las dificultades que ha tenido que vencer.

"Antes de iniciar la descripción de los materiales obtenidos en los yacimientos, dice, conviene que haga una relación general del sistema observado en los trabajos de excavación y de cómo he obtenido las observaciones y demás elementos de prueba; como así también, de los métodos que he observado con preferencia para el estudio de los restos óseos humanos, clasificación y descripción de los materiales de industria."

Entra en este análisis para justificar la descripción del material por yacimiento, "haciendo la individual de los restos antropológicos primero, como estudio social de los objetos, instrumen-

tos y armas, según su clase y categoría, inmediatamente después".

En su trabajo, Torres indica, en cada caso, la relación de dependencia del hombre con el medio físico y sus calidades variantes.

Del punto de vista metódico, divide su estudio en dos partes: descriptiva y osteométrica. En la última, divide las piezas del esqueleto en series, menos los cráneos, que corresponden a los materiales de los diversos yacimientos "por su evidente homogeneidad y también porque, con los huesos largos, debido a los pocos ejemplares reunidos, convenía realizar la técnica métrica, en tablas de conjunto. Debido a estas circunstancias, los resultados pueden encontrarse y verificarse con facilidad y no dejarán de satisfacer las premiosas exigencias".

En la sucesión de sus descripciones, se encuentran los casos de lesiones patológicas, variaciones y anomalías que ha podido observar, sin destruir la unidad de las descripciones. En lo que se refiere a la exposición de los resultados generales, el autor hace una síntesis, donde resume los caracteres determinados.

El capítulo que acabo de señalar es de los más notables, como puede verse desde luego, por cuanto en él pone de manifiesto un plan de trabajo serio, de reposo y meditación; una técnica irreprochable, un método rigurosamente científico y una orientación propia. No es el explorador que se lanza al acaso; no es el investigador influenciado por preconceptos; es el hombre de ciencia que posee un rumbo, para llegar a un fin dado, que surgirá necesariamente del estudio y sincera interpretación del material.

El cuerpo de la obra está constituido por el análisis y descripción del material: el túmulo señalado con el número 1, da lugar, al estudio del yacimiento mismo, objetos, instrumentos y armas en él contenidos; trata particularmente la industria cerámica, terminando con sus observaciones del punto de vista estratigráfico y tecnológico.

El autor emite sus vistas personales en cada caso (material lítico, industrias de hueso, cerámica). La misma ordenación se observa en el estudio del túmulo número 2. Aquí inicia el análisis de los cráneos, siguiendo el orden: Cráneo, calvarium, calvaria y calota. En los primeros, sigue una ordenación metódica en la descripción: diversas normas, mandíbula, etc., ilustrando todo, con láminas muy nítidas y bien tomadas al objeto que persigue.

El estudio de las demás piezas óseas, está metodizado así: co-

lumna vertebral, clavículas, húmeros, cúbitos y radios, huesos coxales, fémures, tibias.

Desfilan en este extenso análisis, los materiales hallados en los túmulos 1 y 2 del Paraná Guazú, en el cementerio número 1 del mismo, en el túmulo 1 del Brazo Gutiérrez, y en el del mismo número del Brazo Largo. Incorpora, el autor, a todas estas descripciones, otros materiales que no forman parte de las series que conservan los museos de Buenos Aires y La Plata, y otros que no han sido retirados de los yacimientos por personas interesadas en obtener las observaciones complementarias *in situ*, cuyo material reviste importancia en la dilucidación de varias cuestiones arqueológicas, pertinentes a la cuenca del Río de la Plata.

Los materiales que trata en ese capítulo especial, se encuentran en distintos museos nacionales, provinciales y particulares, y su descubrimiento, en la mayor parte de los casos, se debe al azar. Incluye, también, algunas series pequeñas de fragmentos de cerámica grabada, obtenidos en sus excursiones preliminares.

Dice el autor: "De algunos hallazgos daré sólo referencias, que valen como simples datos, pues corresponden a objetos descubiertos por personas que, sin dejar testimonios expresos, los han enviado a museos de Europa. Finalmente, debo hacer notar que en las descripciones de este capítulo, seguiré el orden geográfico, iniciándome con los hallazgos del Delta inferior". A continuación describe los hallazgos y estaciones en la cuenca del Luján y Carapachay, los de la cuenca del Paycarabí y Fredes, los de Carabelas y Paycarabí, los de la estación de Sagastume Grande, los de las estaciones en Ñancay y los del Puerto Sanda, para terminar con sus observaciones. Estos objetos, en su casi totalidad, se encontraron en la capa de tierra superficial, siendo evidente que su inclusión data de época muy moderna; su técnica corresponde a la época neolítica, y, los caracteres particulares, indican escasa antigüedad; los instrumentos y armas de hueso, son propias de pueblos exclusivamente pescadores y cazadores, y, para su fabricación, se emplearon cuchillas o láminas de piedra, lo que evidencia una cultura primitiva, ajena, hasta entonces, a toda intervención extranjera. La intervención de instrumentos de metal para su fabricación, no parece muy evidente. En la cerámica no se puede concluir nada sobre formas predominantes; prevalece "el modelaje a mano, la cocción al aire libre, la ausencia de grandes vasos, la inclusión de rebordes, asas y detalles acce-

sorios que en algo denotan un paso más adelante, en la homogeneidad de formas y técnicas absolutamente arcaicas.”

“La ornamentación predominante es la grabada, distribuída en zonas sobre la parte ventral superior, de elementos lineales simples, o más o menos simétricos, cuando se trata del orden rítmico, correspondiente en suma al estilo geometrizado que he venido analizando en esta memoria.”

La tercera parte de la obra está destinada a la Etnografía, y comprende un vasto estudio, que abarca los pueblos del Delta, sus caracteres sociológicos y los especiales lingüísticos. En esta parte, trata: 1.º, las noticias sobre la zona o zonas isleñas habitadas y los rasgos físicos de esos habitantes; 2.º, sus diferencias y semejanzas morfológicas, fisiológicas y psicológicas, con los que poblaron territorios adyacentes y comprendidos en la cuenca del Río de la Plata; 3.º, las que aludan a los llamados caracteres étnicos, especialmente, y según el orden de clasificación, como ser: vida material, en sus distintas fases; vida psíquica, según las escasísimas referencias, la organización de la familia y algunos caracteres sociales, organización política, bienes y comercio, y, finalmente, la tradición oral; 4.º, los caracteres lingüísticos atribuidos a los modernos pueblos del Delta, que comprenden el capítulo final.

Aquí, el autor entra de lleno en los resultados de sus investigaciones, y sus conclusiones despiertan el más vivo interés. Todas responden a datos positivos, o se fundan en hechos estudiados, de tal modo que se infieren lógicamente del método científico aplicado. Torres no se deja arrastrar por la fantasía, haciendo afirmaciones a la ventura. Es, ante todo, sincero y no toma lo dudoso o conjetural, como verdad comprobada; de ahí el uso frecuente de términos como: “posiblemente”, “puede decirse”, “es probable”, etc., donde necesite entrar en el detalle más fino.

En lo que se refiere a la población del Delta, deja sentado que estaba constituída por numerosas tribus, que vivían de la pesca, y ocupaban, posiblemente, la tercera parte del mismo, pudiendo calcularse entre 6.000 y 10.000, en época del descubrimiento, el número de habitantes.

Todas esas tribus, adaptadas a un ambiente común, o ligadas por parentesco, han de haber adoptado idénticos modelos de habitaciones.

El estudio de la vida doméstica y la constitución de la familia

contiene datos de verdadero interés, poniendo en evidencia sus usos y costumbres, respecto de la división del trabajo, sepulturas, fabricación de utensilios e instrumentos diversos, medios empleados para la construcción de sus canoas y elaboración de sus armas de combate; luego en lo más doméstico, como el tatuaje y el adorno personal, y, por último, la conservación de la propiedad, la autoridad de los padres, el matrimonio, etc.

El autor hace un estudio especial de las industrias y las artes, de los bienes y el comercio indígena, de las características sociales, donde anota entre otras conclusiones, que si a nada concreto se ha podido arribar respecto de las prácticas usadas en la crianza de los hijos, en cambio, se infiere que esos pueblos no tenían preferencias por los varones o por las mujeres. En la guerra, sólo participaban los hombres; la organización militar consistía, principalmente, en tener avanzadas exploradoras, para evitar sorpresas y saqueos. Cuando se trataba de objetos, el botín no se repartía; en cambio, se repartían los prisioneros sometiéndolos a la esclavitud.

Anota como una práctica frecuente en estos pueblos, las mutilaciones.

En lo que se refiere a la música, danzas, cantares, es decir, a las manifestaciones de sus sentimientos estéticos en este sentido, son completamente desconocidas. No ocurre lo mismo con las prácticas funerarias, que el autor trata con detención, así como otros caracteres.

La organización política puede reducirse a un cacique o jefe, que predominaba por su bravura y sagacidad, y un consejo de ancianos, sólo para circunstancias excepcionales.

“Ni leyes ni prácticas se conocieron que denotaran algún concepto de equidad o de justicia. En los últimos tiempos, debieron regir, sin embargo, algunos principios para la aplicación de preceptos contra la violación de algunos derechos personales y reales”.

“Me inclino a creer, dice el autor, que la organización gubernamental — consejo de ancianos, jefes de familia, o elegidos por sus condiciones personales, — debe haber sido la adoptada en tiempos de paz y tranquilidad, y dominando siempre que las circunstancias lo permitieran, el principio de la autoridad patriarcal. Alterada o modificada la situación en presencia del caso de hostilidad, el gobierno general, con carácter militar, habrase librado o confiado a un solo individuo”.

“El cacique o los caciques debieron tener en dichas circunstancias, ciertos derechos o privilegios, y entre otros, el de disponer de varias mujeres, como lo asegura Larrañaga en el mencionado documento respecto de los Minuanes. No se sabe si tenían derechos personales o reales de privilegio sobre los individuos de su dependencia y sobre sus bienes”.

Los caracteres lingüísticos comprenden un estudio rápido del punto de vista de las noticias históricas y el compendio del idioma de la nación Chaná por D. A. Larrañaga.

A la exégesis corresponde: “1.º La cronología sobre la base de las observaciones estratigráficas y tecnológicas generales y especialmente a cada uno de los mencionados yacimientos; 2.º Los caracteres antropológicos y las diferencias y afinidades étnicas de su población con respecto a las estudiadas de territorios limítrofes; 3.º Las características que se han constatado en el análisis de los elementos de esta cultura, para contribuir a las determinaciones de su probable origen, duración, correlaciones, influencias y desaparición, con el bosquejo general de los períodos de sucesión; y 4.º A los caracteres etnográficos y lingüísticos que nos acercarán aun más a la total reconstrucción que se investiga”.

Muy interesantes todas sus conclusiones generales, son demasiado extensas para poder ser transcriptas. El especialista y el estudioso encontrarán en la obra de Torres, amplio campo para sus inclinaciones.

En resumen, la producción representa un esfuerzo considerable, donde a una sólida preparación en la materia, se alía una esfera intelectual elevada y una envidiable perseverancia en la labor. Obra de proyección para las ciencias afines, de fina investigación y análisis, de erudición, de método, de criterio propio y orientación personal, debe considerarse como un jalón en el campo de las ciencias pertinentes.

Este análisis somero es insuficiente para contener lo fundamental del trabajo y no puede dar más que una idea del material estudiado y de la orientación científica de la obra. No va como palabra de estímulo para su autor, que es hombre de ciencia de buena cepa y no la necesita, sino como simple noticia para los estudiosos.

RODOLFO SENET.

## EL SALON NACIONAL DE 1914

### I

Un positivo progreso significa esta exposición sobre la de 1913. Quizás el número de obras interesantes no sea mucho mayor ahora, quizá no haya disminuido en proporción apreciable el número de las mediocridades. El progreso consiste en la seriedad, en el fuerte empuje, en la intención de arte que revela el actual certamen. En la exposición de 1913 abundaban las obras sin concluir, los estudios, las impresiones, los bocetos, — ahora casi enteramente desaparecidos. Los cuadros de este Salón son en su mayoría absoluta — dejando aparte su mérito, — verdaderos “cuadros”.

Otra característica del presente concurso es la entrada en escena, o la consagración en cierto modo definitiva, de ciertos nombres revelados ayer. El crítico de arte al juzgar las exposiciones anteriores debía necesariamente dedicar algunas palabras, — aunque fuesen de censura, — a obras inferiores producidas por personas que en nuestro medio artístico representaban, a falta de concurrentes, cierto valor relativo. Ahora todos esos nombres — simples aficionados, en realidad, pasan a ocupar un lugar secundario, desalojados por los artistas de talento que surgen día a día. No extrañe, pues, el lector si prescindo de aquellos.

El salón de 1914 marca una etapa en la evolución del arte argentino. Es un conjunto importante que podría rivalizar, — me atrevo a afirmarlo, — con los mejores certámenes análogos que se realizan en Europa.



## II

## Composición y figura

Después de seis años de silencio, consagrados a trabajos ajenos al arte, vuelve FERNANDO FADER a presentarse al público. Fader es el artista argentino de quien más se ha esperado una obra de alto valor estético. Por ello su abandono de la pintura produjo verdadero sentimiento a los que amamos el arte y deseamos ver a la patria engrandecida por el esfuerzo de sus poderosas mentalidades. La vuelta de Fader a sus pinceles ha causado regocijo, sobre todo porque ha vuelto acrecentado de talento y de ciencia. Su cuadro *Los manilas* significa, quizá, hasta hoy, la más alta cumbre a que ha llegado la pintura argentina. Como obra de pintor — quiero decir por su valor técnico, — no encuentro dentro del arte universal contemporáneo muchos cuadros que puedan parangonársele. Anglada, con ser en este sentido un artista prodigioso, no le supera. *Los manilas*, que representa tres vendedoras de mantones enseñando su lujosa mercadería a una compradora, es una maravilla de color. Los trajes variadamente pintorescos de las vendedoras, los mantones, que extienden sobre los asientos y la alfombra su lujo oriental; el desnudo de medio cuerpo de la compradora, influido por la magia de los colores circundantes; el reflejo de los mantones en un espejo del fondo; algunas flores; todo, forma una sinfonía extraordinaria, de una riqueza, de una brillantez, de un vigor, de una novedad, de un calor como raras veces he visto. No se sabe qué admirar más: si la orquestación de los colores, la maestría del dibujo, la fuerza del pincel, o aquella sapientísima composición, que permite al artista reproducir ocho o diez mantones sin repetir las formas y en una tal naturalidad, que no podía ser aventajada. Pero además de esta obra maestra, Fader exhibe otro cuadro. Lo titula *Vuelta del pueblo* y representa un paisano a caballo, llevando una mujer a la grupa y deteniéndose frente a un soberbio panorama de montañas que constituye el fondo del cuadro. Son admirables estas montañas, profundamente azules en la falda, blancas de nieve en las cimas. Y es admirable también el cielo, sobre todo por aquellas nubes densas, de un blanco sucio arriba y debajo

negras, cargadas de agua. Cuadro de color, pleno de carácter, con trozos realmente poéticos, revela en Fader otras cualidades que complementan las que se observan en *Los manilas*. Quizá no es aquel cuadro todo lo simple que yo quisiera. En *Los manilas* la cargazón de color no perjudica, sino que al contrario lo avalora, pues el asunto del cuadro es una gran polifonía de colores. Pero en *Vuelta del pueblo* hay cierto exceso de colores, por ejemplo aquellas plantas amarillas del primer término, que, a mi juicio, hacen desmerecer la total armonía del conjunto. Las dos obras de Fader dan una sensación de fuerza pero no de fuerza inorgánica y salvaje, sino de fuerza encauzada, civilizada, artística. Constituyen, sin duda ninguna, los trabajos de más alta belleza exhibidos en el cuarto Salón.

CÉSAR CAGGIANO, premiado el anterior año con aquel tríptico *Mi familia*, defectuoso pero revelador, se presenta ahora en la casi plena posesión de sus medios. La *Figura* tiene un rostro de gran relieve y carácter. Pero la obra de Caggiano realmente valiosa es el *Retrato de la profesora señora Jenny de Malatesta*. De frente, en tamaño natural, en primer término, la profesora apoya discretamente su figura contra su piano abierto, el que ocupa todo el fondo, a lo ancho de la tela. Es una obra de sincera naturalidad, de un gran valor psicológico, de poderoso carácter. El rostro surcado de arrugas, la expresión de los ojos y de la boca, la distinguida sencillez de la actitud, dan al retrato cierta familiaridad y nobleza encantadoras. El joven artista ha puesto, sin duda, mucho cariño en esta obra que, siendo un retrato, nos resulta abundante de sentimiento. Su mérito dominante tal vez sea la originalidad, una originalidad fresca, no rebuscada, una originalidad que sólo poseen las obras sinceras, sentidas y personales. En cuanto a la técnica, revela un importante progreso sobre *Mi familia*. Hay en el *Retrato* detalles excelentes. Así aquella mano y aquel rostro que no desdeñaría un gran pintor.

MARÍA CÁRDENAS expuso el año pasado, aparte de un cuadro al óleo, dos pasteles interesantes cuyos diversos méritos elogié. Esperaba de ella algo superior. Pero su óleo *En pose*, sin ser manifiestamente inferior a sus pasteles del año pasado, no demuestra progreso ninguno. Es, sin embargo, una nota delicada y reveladora de simpáticas cualidades.

Tal vez perjudique al cuadro de María Cárdenas su vecindad con la *Maruja* de JORGE BERMÚDEZ, tan brillante de color, tan

vigorosa, tan atrayente con su encanto extraño. *Maruja* hace empalidecer a sus vecinos inmediatos. Los ojos elocuentes y profundos, — Bermúdez es maestro en la expresión de los ojos femeninos, — tiene no sé qué de magnético que obligan a nuestra vista a posarse en ellos. Por lo demás el cuadro tiene mucho carácter y contribuyen a dárselo no sólo la expresión fisionómica del personaje sino también los accesorios: el vestido, el cuello, amplia y elegantemente abierto, el collar de grandes cuentas verdes y fondo de este mismo color. Es un cuadro español, de genealogía goyesca, pero con un matiz argentino que no se sabría decir en qué reside, pero que lo sentimos.

Una de las obras más concienzudamente trabajadas es el *Retrato de la señora L. de la C.*, por ERNESTO DE LA CÁRCOVA. El distinguido profesor, autor de aquel bello cuadro que se titula "Sin pan y sin trabajo", demuestra una vez más su profundo conocimiento de la técnica, su equilibrio, su sentido de la armonía. Este *Retrato* no nos sorprende por su originalidad, ni por su novedad. No es tampoco una obra "de garra". Pero está ejecutado con nobleza, con seriedad artística, con distinción, con suma pericia y no carece de valor psicológico. Es un retrato académico, no inferior por cierto a los de los artistas franceses que más fama alcanzaron en el género: Bonnat, por ejemplo. Su defecto, para mi gusto personal, está en tener algo de "arriéré". De todas maneras debemos felicitarnos de que en nuestras exposiciones se exhiban obras como éstas, que, por lo menos, revelan trabajo, buen gusto y dominio completo de la técnica.

Análoga tendencia parece seguir PRÓSPERO LÓPEZ BUCHARDO, que el año pasado expuso dos excelentes figuras. Este año aborda un asunto demasiado vasto, no sólo para un hombre joven como él y que lleva muy pocos años consagrados a la pintura, sino para un artista definitivamente formado. Su *Rapsodia* comprende once personajes. Se trata de una escena española. Una bailarina ejecuta una danza sobre el tabladillo de una taberna, al son de guitarras y castañuelas, ante varias compañeras y parroquianos indiferentes. Próspero López Buchardo no ha tenido en cuenta que no es lo mismo pintar diez cuadros con una figura en cada cuadro que uno solo con diez figuras. En el último caso cada figura debe tener un valor simplemente episódico, pues forma parte de un conjunto al cual ha de cooperar. No sucede así en el cuadro de López Buchardo. Cada personaje parece haber sido tratado aisladamente,

sin relación a los demás y como si no perteneciera a un conjunto. Como consecuencia lógica, la composición no es todo lo suelta y natural que se quisiera. Encuentro también que todas las figuras son algo chatas y que algunas no están suficientemente caracterizadas. Para una obra de esta importancia hay que hacer muchos estudios del asunto y no comenzar a pintar sino cuando el dibujo esté perfecto. Quizás no existe en arte ciencia más difícil que la de agrupar personajes. Rafael, maestro en la materia, trazó muchísimos dibujos preliminares en el estudio de sus célebres frescos del Vaticano. Por lo demás, hay en este cuadro algunos trozos excelentes.

Además de *Rapsodia*, López Buchardo presenta dos cuadros: uno que titula *Retratos*, tres figuras femeninas vestidas de gala y en reunión familiar — y *Charley*, retrato de un hombre joven. En el primero encuentro defectos de dibujo y de armonía en los colores. El segundo me parece más preciso, más sencillo, más verdadero.

ALFREDO BENÍTEZ, que por primera vez se presenta ante el público, según entiendo, nos da a conocer un *Retrato* de señora y una figura bastante característica: *El loco Concepción*. El primero me parece frío y vacilante. El segundo es superior por su dibujo y su verdad. Quizás estos dos cuadros —el último especialmente, sean algo pobres de color, pero de todos modos revelan positivas y no comunes cualidades.

El artista español VILA Y PRADES ha tenido un admirable acierto en el *Retrato del niño J. V. P.* Es una figura llena de gracia y encanto, en la que no hay un detalle, una pincelada, que no colabore en la impresión total. Parece haber sido realizada en pocos instantes, en el calor de la inspiración. Aquel niño vestido de blanco, sobre fondo gris, revela la maestría de este pintor que, con medios sumamente simples, ha sabido construir una obra personal, elegante, deliciosa. Es la obra de un verdadero artista. El *Retrato del señor C. de la T.* me parece eficaz, serio y bien trabajado. Nada tengo que objetarle, pero no llega a la inspiración y sencillez del otro.

*Dulce sueño*, del señor RICARDO LÓPEZ CABRERA, que representa una niña plácidamente dormida en su silla de hamaca, es una nota de dulzura y delicadeza, simpática y bastante correcta. Pero no revela grandes cualidades. Tiene algo de blando y le falta vigor, hasta el punto de que se le creería obra femenina.

El año pasado elogí *El violinista* de VALENTIN THIBON, cuadro semicaricaturesco, lleno de espíritu y revelador de grandes cualidades. Este año el joven artista ha realizado un enorme progreso. Su *Jesusa*, una "gallega" con su plumero en la mano, frente a una cómoda, tiene mucha gracia e intención satírica. Nada más difícil que hacer caricaturas al óleo. El color debe ocupar un lugar secundario, pero no tanto que desaparezca y la línea misma no debe ser tan exagerada como en un simple dibujo. Un dibujo tiene algo de actual, de transitorio, que autoriza toda violencia con tal de evidenciar la intención. El cuadro es algo permanente y lo excesivamente caricaturesco resulta aquí perjudicial. Thibon ha acertado y su *Jesusa* es una hermana de los cuadros admirables de Honorato Daumier, con los que tiene alguna analogía. Menos caricaturesco, y menos acertado también, me parece el *Sepulturero*. En cambio el *Seminarista*, un pelirrojo flaco y pescuezudo, delante de altísimas arcadas conventuales, resulta de gran eficacia. Mucho hay que esperar del talento personalísimo que el autor revela en estos cuadros.

QUIROZ, premiado con medalla de oro en la exposición del Centenario, me ha decepcionado nuevamente. Su *Ave de presa* y su *Tipo sardo* son dos cuadros desagradables y antipáticos. Y no es la culpa del modelo. Velázquez ha pintado tipos repugnantes que sin embargo nos agrada contemplar. Los tipos de Quiroz no interesan y es casi a pesar nuestro que nos detenemos frente a ellos. En el *Ave de presa* había tema para un gran cuadro. Quiroz ha fracasado. Sin duda no ha logrado expresar el aima violenta, huraña, tortuosa de aquel ser extraño que apenas nos da a conocer superficialmente. Superior a éstos es, sin ninguna duda, el inmenso óleo *Retrato de familia*. El ambiente está bien observado y expresado, aunque poco vigorosamente, y las figuras de los niños encantan. No me parecen dentro del ambiente los rostros de los niños y menos aun la madre, figura nada distinguida. Yo creo que el modelo debió ser distinguido, pues no se concibe otra cosa en tal ambiente, pero si no era así, el artista debió darle distinción para acordarlo con el ambiente. Un cuadro es, ante todo, una armonía: Armonía de líneas, de colores, de detalles, de luces.

MANUEL GÁLVEZ.

(Continuará).

## EL CUARTO SALON

### EL VERNISSAGE

La mañana es fría y desapacible; el sol quiere inútilmente abrir una brecha entre las nubes que amortiguan su luz. La ciudad es poco hospitalaria y el transeunte cambiaría de buen grado la tristeza de la calle por un lugar al amor de la lumbre y de las bellas obras. El "vernissage" del Salón se ofrece como un convite singularmente oportuno. Es una mañana propicia para visitar obras de arte, para pasarla en el desenvolvimiento de teorías artísticas, construyendo y desbaratando planes estéticos de acuerdo con nuestros inestables gustos.

Con todo esto entramos al Salón de buen ánimo, a más que corre la voz de que nuestros artistas han progresado grandemente. Se dice que el Salón está lleno, no ya de ensayos ni de tentativas, sino de obras. Y esta opinión debió ganar desde un principio a sus organizadores, porque la primera sala parece preparada para provocar esa idea. Se han colocado allí, de un modo estratégico, las obras de mayor aparato, y las de mayor mérito.

La primera impresión que el visitante recibe es de sorpresa y también de contento; aquellas obras nos revelan aptitudes insospechadas en nuestro medio; y si más tarde, al amparo de la reflexión, el mérito de todo cuanto vemos disminuye sensiblemente, esa hábil presentación de la entrada ha bastado para que nazca en nosotros una esperanza.

Si el Salón, como todo concurso de esa índole, está destinado a darnos una idea de la capacidad artística media y a enseñarnos cuales son las aptitudes del momento, el certamen de este año nos traerá la alegría al alma; pero si en el Salón hemos de buscar

también cual es la orientación de nuestro medio artista, cual su ruta, toda alegría se vuelve tristeza.

Encontramos allí representada a una juventud apta; con una gran voluntad de hacer, pero es la suya una voluntad ciega que marcha sin rumbo, al azar de las influencias. Una juventud entusiasta, pero que atajan su impulso todos los convencionalismos modernos y que sacrifica en el desarrollo de cuanta teoría absurda anda por ahí, sus aptitudes reales. A medida que avanzamos en nuestra visita vamos descubriendo, a nuestro pesar, cuanto hay de convencional y también de imitación inconsciente en esas obras. La razón y el buen sentido están en bancarrota. Todo lo domina un entusiasmo desmedido por las tendencias ajenas. Es visiblemente el nuestro, un arte formado en el marasmo de ideas que aquí florecen, traídas por todos los malos vientos. No hay un pensamiento personal que se destaque, ninguna tendencia que marque un rumbo en todo ese maremágnum de escuelas.

Un amigo a quien comunicamos esta impresión, nos dice que es demasiado hacer para una juventud formada más por intuición personal que por una sólida cultura y una dirección capaz. En el medio en que vivimos, sigue diciendo nuestro amigo, es eso un esfuerzo inaudito y que debe halagarnos hasta lo más hondo. Aquí donde todo buen impulso se apaga, donde toda actividad espiritual muere sofocada por una atroz indiferencia, no puede llegarse más allá. Nuestro horizonte ha ido estrechándose hasta hacerse inmediato, amigo mío. Hable usted de cultivar el espíritu y la mayoría le responderá con aquel viejo refrán español: "¡Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta!" ¿Qué puede hacer en tal medio un artista, más que someterse a los caprichos de la moda? Trabajar en la realización de un ideal es estrellarse voluntariamente contra la peor de las indiferencias que es la ignorancia complacida. Nuestro desarrollo intelectual, nuestro saber, es tan sólo una apariencia, un miraje de nuestra vanidad. Nada amamos menos que la cultura. El gran número se ríe de nuestras veleidades artísticas. La nulidad espiritual de la mayoría es una fuerza contra la cual nadie se sentirá capaz de levantar el gesto. ¿Y de quién, en verdad, puede esperarse tal heroísmo?

— Es que el artista no debiera pensar en el ambiente ni en cosa parecida, nos aventuramos a responderle. Aquel que es mú-

sico, ha dicho un filósofo, si no tiene donde, tocará en una caña vacía, pero tocará. Aquel que se sienta capaz de realizar una gran obra, la realizará contra todas las influencias que le rodeen.

Consultar el gusto ambiente para seguir la tendencia a la moda es confesar que no se tiene fuerzas suficientes para realizar una obra original y grande. Las cuestiones de ambiente son un signo inequívoco de debilidad en el artista. El culto de las grandes obras, es él quien lo crea. Pero ese rol, esencialmente educador, requiere en el artista una enorme fuerza de voluntad y de carácter que el moderno no tiene. El arte no es un mero placer personal, ni mucho menos un pasatiempo. El arte es un gran esfuerzo, un sacrificio, un heroísmo. El arte es un sacerdocio al que debe sacrificarse honores, bienestar, placeres. El arte exige el empleo de todas nuestras fuerzas vitales como toda la fortaleza de nuestro espíritu.

Los modernos que piden aliento, indulgencia, olvidan demasiado las amargas vicisitudes que debieron pasar todos los grandes artistas, aun los más geniales; las miserias y las dificultades sin fin de que se compone la vida de un Miguel Angel, de un Leonardo, de un Rembrandt. Olvidan también por desgracia, que aquellos verdaderos artistas, preocupados exclusivamente en hacer bellas obras, no esperaban otra satisfacción que la de ver surgir a la vida las creaciones de su ingenio y que la miseria y la lucha los enardecía antes que doblegarles, les comunicaba ese divino impulso que se tradujo en los más altos acentos de la inspiración humana.

Todos los problemas del ambiente quedarían resueltos si el artista pensara más en su obra y menos en su público; si librado a la sinceridad de su inspiración aplacara sus ansias de éxito, su manía de llamar la atención, de figurar. Mientras la obra del artista no se imponga por la fuerza de su belleza; mientras esa belleza no sea sensible, el público será hostil o, lo que es peor, indiferente; mientras el artista necesite justificar lo que hace y pinte con clave; mientras — como lo vemos en esta exposición — pretenda interesar nuestra curiosidad antes que nuestra sensibilidad y aspire a ofuscarnos con el malabarismo de su técnica, la mayoría seguirá incommovible. La obra de arte debe dirigirse a la sensibilidad no al entendimiento; al alma, no al cerebro. El gran público no tiene por que interesarse por una obra que ha sido hecha para un grupo de privilegiados, si puede llamarse así a



los iniciados en los secretos del oficio. El ambiente se formará cuando la obra despierte la admiración de sus contemporáneos, cuando como una fuerza inevitable atraiga hacia ella todos los entusiasmos. ¿Y es la habilidad técnica que llevará por sí sola a este resultado; o es necesario antes que nada una inspiración entusiasta, nacida de un incondicional amor por todo lo bello? Hacer obra de artista es incontestablemente más eficaz que hacer obra de pintor cuando se quiere ganar los sufragios de la mayoría.

Este Salón nos demuestra una vez más que los problemas de la técnica son para nosotros mucho más importantes que los problemas de orden estético. Del mismo modo que un cristal puesto al sol nos enceguece con la vivacidad de sus reflejos y basta para no dejarnos ver el paisaje, así los artificios de la paleta absorben nuestros sentidos, hasta hacernos perder de vista la razón de ser de la obra de arte. Nuestro criterio ha sobrepujado insensiblemente el pintor al artista. Los errores que ese modo de ver lleva consigo son fáciles de adivinar. La exposición a que asistimos es de una vaciedad desconsoladora. La mayoría de aquella juventud pinta a tontas y a locas sin finalidad, por el solo placer de pintar. Es un tecnicismo árido donde no vemos florecer una sola idea.

Si en la educación del artista se atendiera principalmente al desarrollo de su sentimiento estético, es decir, del sentimiento de la belleza, la influencia alucinadora del tecnicismo no causaría tanto daño. El artista aprende a expresarse pero no aprende a sentir y como una consecuencia natural cuando su pincel no sigue servilmente los rudimentos de una escuela, se hace un generador de sofismas. Al estudiar los modos de expresión de una escuela, el artista parece prescindir de lo que ella expresa. Olvida que el pensamiento de un gran maestro, la idealidad que de su obra se desprende, puede generar en nosotros ideas nuevas, fortalecer un ideal o un criterio, mientras que sus medios de expresión responden a una sensibilidad para nosotros desconocida y por lo tanto inaccesible. Las obras maestras deben servir al artista para formar su moral del arte, su filosofía. Fuera de los principios inmutables que esas obras establecen, para un verdadero artista no hay más escuela que la de su sensibilidad (damos por sabido que no hay sensibilidad, así sea la más exquisita, que pueda prescindir de aquellos principios). Ingres dijo alguna vez que escribiría sobre su puerta *Escuela de dibujo* y formaría pintores, y es

que el color como el carácter de la ejecución son cuestiones de temperamento y todos nos expresamos según nuestra propia naturaleza. Aprendidos los fundamentos del arte, aprendida la gramática que formaran los grandes maestros, sólo queda al artista enriquecer su lenguaje de las formas con la visión de las grandes obras, como el literato enriquece el suyo con la lectura de los grandes libros. Y llegado el momento de expresarse, el artista lo hará siguiendo su sensibilidad, si aspira a interesarnos con su obra.

¿Quién podría imaginar las ideas de Leonardo expresadas con la técnica de Velázquez; las de Miguel Angel con la técnica de Wateau; las de Goya con la técnica de Rubens? Sin embargo, a esto lleva la teoría de nuestro artista que sigue indistintamente a los españoles, a los franceses, a los alemanes o italianos, según lo quiera la moda y las probabilidades de éxito. Este arte que se nos ofrece es extravagante y caricaturesco, porque el artista no traduce jamás una idea propia, pero sigue una tendencia generalizada por el éxito, variándola hasta lo absurdo.

Es una lástima que tantas buenas voluntades sacrifiquen toda la fuerza de su entusiasmo por servir a una musa despatarrada y loca como es la musa moderna. ¿Quién dirá a esos artistas que en el arte moderno no hay una idea que lo sustente, una doctrina que lo guíe, una finalidad que lo arrastre? O si hay una idea que lo sustente es la del éxito; una doctrina, la moda; una finalidad, el lucro. El arte se ha convertido en un oficio y el artista sólo cuida de su clientela. La conciencia del artista moderno está en expresar las extravagancias que genera una mentalidad anodina. En conmover los sentimientos fáciles de aquellos a quienes el pensamiento fatiga.

No es nuestro deseo atribuir los mismos propósitos a nuestros artistas, pues creemos que en lo que hacen hay mucho más de inconsciencia que de sinceridad y que en último término lo que les ha faltado es una dirección eficaz o una voluntad firme que les sostuviera en los principios de la sana razón. A medida que hablemos de las obras, iremos justificando nuestras afirmaciones con los ejemplos. Por el momento concretemos nuestra impresión, diciendo que falta en absoluto a esa juventud el espíritu de examen; que trabaja sin razonar, perdiendo en inútiles amoríos de escuela las buenas facultades de una naturaleza sana y capaz. El Salón de este año es una gran alegría y es una gran tristeza:

una gran alegría por los progresos enormes que representa; una gran tristeza por la falta de principios que manifiesta.

Mientras le visitábamos durante esa mañana del "vernissage" nos vinieron obstinadamente a la memoria las siguientes palabras de Robert de la Sizeranne, que dedicaríamos especialmente a nuestros jóvenes, si no fueran tan hostiles a los sanos consejos.

El autor, que acaba de hablar de la introducción del traje moderno en la estatuaria y de la fealdad de tal accesorio, dice a los artistas: "No os inquietéis por representar las costumbres de vuestro tiempo ni sus aspiraciones sociológicas; inquietaos por representar lo que encontréis bello en todos los tiempos, según vuestras aspiraciones sean o no las del mundo donde vivís! Sed sinceros, es decir, sed artistas y sed de vuestro arte antes de ser de vuestro tiempo. No os dejéis desviar de vuestro camino por aquellos que os dirán que los antiguos fueron grandes porque expresaron su raza, su moral, sus costumbres, su vida. Puede que sea cierto, pero nada es menos probable y en todo caso no puede servirlos para nada. Marchad simplemente hacia lo que os parece bello, como el río va al mar, como el ave vuela hacia la espiga cargada de grano. Si el ropaje de los antiguos os gusta más que la levita, vestid con él las espaldas de vuestro héroe. Se reirá durante tres días, pero los años le guardarán, pues vuestro héroe no será considerado grande sino cuando le habréis hecho bello. Osad todas las inconsecuencias, a condición de que sirvan vuestro dibujo. Desechad toda lógica si se resuelve en una forma sin gracia. Y creed que no hay luz intelectual comparable al garbo de un bello brazo levantado para asegurar el equilibrio del ánfora — ni una intención que reemplace a un pliegue ligero que cae de la espalda a los pies de la más humilde estatuita de Tanagra!"

RINALDO RINALDINI.

---

NOTA. — Lo que acaba de leerse es tan sólo el relato de una primera impresión. La necesidad de justificarla con el examen detenido de las obras, nos obliga a repetidas visitas, poniéndonos en el caso de postergar para el próximo número el estudio en detalle de todo lo expuesto.

R. R

## LETRAS ARGENTINAS Y AMERICANAS

### LETRAS ARGENTINAS

**El libro de los madrigales**, por Belisario Hernández.

Tiene este libro un mérito que lo hace desde luego simpático y agradable, y es la sinceridad con que están concebidas y realizadas las composiciones que lo forman. Podrán ellas resultar a veces ingenuas o escritas sin mayor dominio de la expresión poética, que debiendo ser siempre una síntesis, excluye la redundancia y la dilución en que a menudo incurre el autor de estos poemas. Por otra parte podrá señalarse el abuso de temas y situaciones carentes de novedad y tratados además en forma un tanto gastada. Todo ello quiere decir que el poeta no ha dejado de ser tributario de ciertas influencias y que no ha hallado todavía su Castalia propia. Pero lo que por sobre todo eso interesa advertir es la existencia de un temperamento poético, o sea la cuestión esencial, dado que todo lo demás es asequible con la cultura y el ejercicio.

Justifica esta apreciación la capacidad de sentimiento que atestiguan sus estrofas en las que a través de la imagen baladí o del ritmo dudoso cabe sorprender la emoción verdadera, a la que impide una exteriorización más elocuente la inseguridad verbal del escritor. Porque no basta, — y esto apenas parece necesario decirlo, — experimentar un estado anímico cualquiera, sentir la belleza de una cosa dada, y abrigar el deseo de traducir todo eso en forma artística, sino que es menester poner en la palabra la *intención* poética, capaz de penetrar en el alma ajena y contagiarla con el sentimiento expresado.

Ese elemento sugestivo es todo en el lenguaje del poeta elegíaco que canta cosas melancólicas, como lo es en el lenguaje del humorista que procura suscitar estados placenteros y risueños. En él está el éxito de una frase de Bernard Shaw como el de una

línea de Verlaine: virtud oculta y casi imposible de analizar, que o se posee desde el principio por don singular, o llega a imprimirse a la palabra cuando se ha aprendido a destacar lo esencial de lo accesorio en las cosas, secreto esto último de todo el arte como profundamente afirma Taine.

Los versos del señor Hernández quedan, pues, en la categoría de tentativas poéticas más o menos felices, pero suficientes para demostrar lo que, perfeccionando su instrumento, puede él alcanzar en el futuro. Tiene ya el amor de las cosas nobles y bellas, el manejo aun deficiente, pero perfectible del ritmo, y si todo lo antedicho se refiere a su labor en conjunto, justo es decir, como excepción, que algunas de sus composiciones conquistan francamente, por la pureza del sentimiento, y la manera bastante "réussie" de su ejecución. Así el soneto, hermoso sin duda, que abre el libro, ofrendándolo al afecto maternal, y otros poemas en que el propósito madrigalesco o la impresión de ternura se evidencian eficazmente.

**Las vértebras de Pan**, por Eloy Fariña Núñez.

En un pequeño volumen ha reunido este conocido escritor una serie de cuentos compuestos en su mayoría sobre asuntos paganos, lo cual explica el título del libro. Evocaciones de Grecia y Roma realizados con discreta erudición y ática elegancia de estilo, los relatos del señor Fariña Núñez imaginados a base de reminiscencias históricas, tienen el carácter de los que Lemaitre escribiera "Al margen de los libros viejos". Así "La Inmortalidad de Horacio", que da ocasión a una delicada pintura del ambiente imperial en la época de Augusto y otras variaciones no menos interesantes.

Incluye también el autor dos o tres cuentos modernos de índole sentimental y esto se nos antoja inoportuno, pues destruye la unidad del conjunto y no está de acuerdo con la denominación genérica de la obra.

El señor Fariña Núñez tiene ya conquistada una buena reputación literaria como cuentista, y este libro no hace más que confirmar dicho juicio. Sabe, en efecto, el autor desarrollar con habilidad sus temas siempre escogidos e imprimirles el atractivo de un lenguaje directo y sobrio, apto para la descripción acabada y para la expresión eficaz del sentimiento. Trátase, por otra parte, de un escritor dueño de una cultura sólida que pone por lo tanto

un sello de distinción intelectual en todos los productos de su espíritu madurado en la meditación y el estudio.

**Biografía del general Juan Martín de Pueyrredón**, por Félix García Vera.

Bien venga toda labor destinada a esclarecer las cosas de la historia patria o a destacar cada vez con más relieve sus figuras prominentes. Tarea de este género, por deficiente que ella sea, es siempre tarea noble con tal que la abone la sinceridad y el deseo de establecer la verdad histórica. Cuanto más libros que, como el presente, significan una excelente monografía biográfica en que se delinea con sobrio trazo y justiciero espíritu, la silueta del gallardo Director Supremo.

El señor García Vera, distinguido educacionista del Rosario, ha compuesto lo que él llama "ensayo", con verdadero método y con una sencillez y claridad de estilo ejemplar en obras de esta naturaleza. Evoca la actuación de su héroe a través de sus múltiples fases de militar, diplomático, congresal y estadista, y de todo ello resulta bien aquilatada la significación de esta personalidad descollante de nuestro período inicial. El autor ha realizado así una labor ciertamente encomiable y sería satisfactorio que aplicara las dotes evidenciadas en este libro, a futuras obras del mismo género, que contribuyen a revivir el pasado argentino y mantener en la actualidad el culto por hombres y cosas que constituyen un legado glorioso, todo ello en forma seria y desprovista de la declamación estéril, habitual en los que hacen de este asunto un "modus vivendi" más o menos fructuoso...

**Patogenia política**, por Wenceslao Jaime Molins.

La crítica de nuestra fenomenología política demanda cierta valentía y seguridad de criterio que nos complacemos en encontrar en el presente libro. Tratándose de cosas cuya complejidad inherente se agrava por la heterogeneidad y el exceso de los elementos que pretenden explicarlas, es difícil llegar a obtener una visión de conjunto más o menos acertada. Y si bien estos estudios no logran constituir la síntesis perfecta, aciertan al menos a señalar muchas de las causas morbosas de los sucesos a que se refieren al censurar con firmeza las influencias degenerativas que retardan el afianzamiento institucional. Esos estudios están inspirados en un sano anhelo de progreso moral para la

República, y el autor muestra en muchas de sus actitudes para juzgar modalidades y acontecimientos, la seriedad reflexiva de su carácter. La crítica a la verborrea parlamentaria, a la esterilidad frecuente de la oratoria, hecha con seguro análisis y oportuna erudición, da idea de su concepto sereno y exacto de lo que debe significar la acción política. No obstante, la bibliografía un tanto "arriérée" que se nos ocurre advertir a través de sus páginas, y que parecería acusar cierta predilección por el romanticismo político de antaño, vese que el escritor tiende, por el contrario, a una concepción moderna y práctica de la política. Su análisis del radicalismo es penetrante, si bien demasiado amable en sus apreciaciones generales. Su conocimiento de la política del interior le capacita para reflejar las características de ese ambiente con gran sagacidad. No menos feliz es el dibujo de personajes y prototipos de la politiquería circundante, entre los cuales logra algunas siluetas con verdadera maestría. El señor Molins termina estudiando la actual ley electoral y sus deficiencias, como asimismo la política del gobierno creador de dicha ley o sea el del doctor Sáenz Peña, y arribando a la conclusión de que: 1.º Se puede practicar la ley de elecciones nacionales aplicada a la legislación de todas las provincias. 2.º Se puede gobernar sin partido. Llega el autor a estos "ergos" tras reflexiones minuciosas y lógicas. La exposición es suficientemente metódica y ordenada y su libro resulta en conjunto un trabajo sincero, juicioso e imparcial.

### LETRAS AMERICANAS

**Serenidad**, por Amado Nervo.

Cada libro lírico de este poeta admirable señala, más que por los lineamientos generales de su forma (de un arte exquisito en todos ellos), por la entonación propia de cada cual y la emoción fundamental que le inspira, un período diverso en la vida espiritual del autor. Esto atestigua la sinceridad de su canto, natural y espontáneo y no obsta para que toda su obra poética revista una unidad superior y perfecta: la que determina, por sobre accidentales diferencias de ética o de estética, el constante amor de la verdad, la bondad y la belleza.

El poeta que en "Perlas Negras" expresara la tortura mística de su ser atormentado por la duda y sediento de certidumbres religiosas; que en los "Poemas" dijera, liberándose ya de la angustia pretérita, su amor por la vida, dolorosa y adorable; que en "La Hermana Agua" entonara con acento digno del de Asís su alabanza panteísta de la naturaleza y que cantara, en las ténues estancias de "En Voz Baja", melancolias, inquietudes, éxtasis, alegrías y nostalgias, dirá en este último conjunto de poemas, — cuyo título sugiere la apacible calma de quien llega al fin de una jornada despojada ya de vanidad y de inquietud, — las visiones de su alma, espejo en que las cosas se reflejan sin turbar la ternura de la superficie, como se copian los árboles y las nubes, el azul y las estrellas en las aguas de un tranquilo lago...

El poeta no ha renunciado, pues, a la contemplación de lo hermoso ni se ha divorciado del sentimiento. No es la insensibilidad ni el quietismo lo que este libro expresará. Antes bien, su espíritu, desdeñando las cosas efímeras y engañosas, se halla más compenetrado con la vida, con la vida verdadera, sólo que su corazón ya maduro, comprende mucho y por lo mismo mucho perdona y ama, como en la bella estrofa del D'Annunzio:

Ma l'anima nel cuor se fa piú buona  
 Come il frutto maturo. Umile e ardita  
 sa piegarse e resistere; ferita  
 non geme; assai comprende, assai perdona.

Del propio modo dirá él en una confesión humilde y sincera:

Desde que no persigo las dichas pasajeras  
 muriendo van en mi alma temores y ansiedad.  
 La Vida se me muestra con amplias y severas  
 perspectivas y siento que estoy en las laderas  
 de la montaña augusta de la Serenidad...

Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas;  
 sé escuchar en silencio lo que en redor de mí,  
 murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas...  
 y advierto que me cercan mil formas misteriosas  
 que nunca presentí...

La serenidad de esta poesía no la exime naturalmente de cierta tonalidad melancólica. La alegría es movедiza y bulliciosa, en tanto que todo tranquilo recogimiento está velado por una tenue tristeza. El arroyo es alegre: brinca y canta. El estanque dormido posee en cambio una apariencia triste. Por eso dice Amado Nervo:



Lector, tal vez murmures (y tal vez con verdad)  
 después de que las páginas deste libro leíste  
 que mi serenidad es un poquito triste...  
 ¿No es así, por ventura, toda serenidad?

Así es, en efecto, y por ello, la mayor parte de las estancias de este libro conducen a la meditación acerca del misterio de la naturaleza y los secretos del ser humano, mediante ese sutil matiz filosófico que ha impreso en ellos el alma pensativa y honda del autor. Y ya se sabe que no es precisamente júbilo lo que causan estas requisas a través de lo incognoscible...

Amado Nervo ha agrupado en el presente libro todas sus composiciones de los últimos años y algunas escritas anteriormente, pero que caben por su índole en esta colección. En ella anticipa también poemas pertenecientes a un libro futuro "La Amada Inmóvil", compuesto como homenaje al recuerdo de una suave mujer que pasó por su vida y que ya no existe. Son estrofas de grave ternura y de resignada melancolía.

"Serenidad", es un libro armonioso y profundo, y en la trayectoria que marca la obra del poeta, representa, por su espíritu, una culminación.

#### **Homenaje a Enrique Deschamps.** Madrid.

Hemos recibido este folleto conteniendo la información relativa al homenaje de que fué objeto hace algunos meses el señor Enrique Deschamps, representante de la República Dominicana en España, quien por su fervorosa obra de propaganda americanista se ha hecho acreedor a este tributo de simpatía que le han rendido numerosas y esclarecidas personalidades de la Península.

El señor Deschamps, que renunciara su misión diplomática en España para consagrarse noblemente a una labor de difusión del movimiento progresivo de los pueblos latinoamericanos desde los principales diarios de París, Roma, Berlín y Madrid, fué despedido en esta última ciudad con una fiesta brillante y simpática en que diversos oradores hicieron el elogio de su personalidad y de su obra. El folleto presente contiene los discursos de don Rafael María de Labra, el célebre americanista, presidente ahora del Ateneo de Madrid, de don Antonio de Zayas, del senador don Luis Palomo, don Emilio Zurano, doña Blanca de los Ríos, don José Gutiérrez Sobral y del obsequiado señor

Deschamps, como asimismo las principales adhesiones y las notas de la prensa relativas al acto.

**Dolorosa y desnuda realidad**, por Ventura García Calderón.

Conocíamos al autor de este libro como delicioso "chroniqueur". Revélasenos ahora como cuentista excelente. Este volumen contiene diez y siete cuentos, todos ellos llenos de interés y de encanto. El parentesco estrecho de ambos géneros: crónica y cuento, nos hacía desde luego suponer el resultado. Al fin en los dos casos la cuestión está en narrar bien: cosas vistas, en la crónica, o cosas imaginadas, en el cuento. De ahí el éxito del señor García Calderón en esta faz de su literatura. Nos seduce la elección de sus asuntos, nunca vulgares, siempre humanos y reales, fuera de toda fantasía como no sea en algún detalle; la nerviosa brevedad del estilo, propio, matizado, sugestivo. Nos seduce igualmente la emoción que recorre todas las páginas, la piedad *huguiana* que demuestra ante el dolor de los miserables. Luego, el señor García Calderón es un frío psicólogo, un "amateur d'ames", que conoce el valor de un gesto, de una actitud, de una palabra y refleja todo eso en sus relatos con maestría de novelista.

Sería difícil acertar a decir cuál de sus cuentos nos agrada más o nos parece de ejecución más feliz. Con ser bastante diversos entre sí, en razón del tema, todos ellos atesoran las mismas cualidades. Hacen sentir, hacen pensar y son igualmente artísticos en su factura.

El señor García Calderón, que tiene a más ciertos rasgos de humorismo, dedica su libro a Balzac "por dos espléndidas enseñanzas de que le es deudor: la tristeza de la humana comedia y la mejor manera de hacer café"...

ALVARO MELIÁN LAFINUR.

---

## SOBRE "IL SOGNO DI ALMA"

### BANCARROTA DE LA CRITICA

Revelarse músico eximio en el hemisferio austral de nuestro planeta, resulta empresa temeraria. Con alguna excepción honrosísima, los señores críticos del citado hemisferio, excelentes traductores, admiradores incondicionales de todo lo consagrado como admirable, son muy capaces de disertar concienzudamente sobre cualquier tema conocido. . . en Europa; pero, puestos de improviso en presencia de una obra nueva, se sienten acometidos de súbita parálisis o catalepsia cerebral, absolutamente inconciliable con las exigencias habituales del lenguaje articulado.

Y es natural que así sea. El talento crítico, facultad innata, debe reposar en la ciencia y en la experiencia, para no descarrilarse a lo mejor en ridícula catástrofe. Por eso los críticos australes enmudecen ante las obras nuevas, o se limitan a consignar vagas impresiones de aspecto sibilino. No se atreven a ejercer ampliamente su oficio de perdonavidas intelectuales. Incapaces de olfatear el talento que surge, les falta competencia para negarlo; pero así que alguno de ellos, por motivos más o menos extraños a la jurisdicción de la crítica severa e imparcial, resuelve asumir la ofensiva; hay que ver con qué esplendorosa evidencia estalla entonces la verdad de cuanto he dicho!; Cuánta ignorancia agazapada en las interlíneas! Aseverar sin fundamento; aconsejar con hipocresía; condenar sin autoridad; ridiculizar sin *esprit*: tales son los elementos más simpáticos y más nobles entre los muchos que componen la triaca envenenada de tales lucubraciones.

Apresúrome a suplicar a mis lectores que se sirvan no sospecharme encantado con la idea de que se me tenga a mí por crítico. Hablo porque es necesario que alguien hable en presencia de un

acontecimiento artístico tan importante como la aparición de “Il sogno di Alma”. Hablo porque, familiarizado desde tiempo inmemorial con las emociones de la música superior, “Il sogno di Alma” me ha afectado las intimidades más hondas de la percepción estética, haciendo vibrar cuerdas tan reacias de ordinario al estímulo sonoro, que sólo tiemblan, — lo sé por larga experiencia, — al influjo del genio y del talento.

Por fortuna, el público del Colón ha sabido vislumbrar por sí solo ese vaho genial que forma algo así como el éter de la penumbra violeta en que solloza el ensueño de la dulce Alma. Pero el público de Buenos Aires, aunque inteligente como el que más, no ha podido, con una sola audición por turno de abono, saborear el enorme caudal de belleza contenido en “Il sogno di Alma”. Se convencerá de ello quien compare las impresiones de los que la han oído una sola vez, con las de quienes han tenido el buen gusto de escucharla tres o cuatro veces.

Aunque todos conformes en calificar de hermosa la obra, nótase en los primeros una especie de incertidumbre o desorientación no exenta de angustia: curioso estado de ánimo que, por lo menos en gran parte, se debe a la excelencia misma de la obra, de cuya orquesta emanan tan a menudo aladas ráfagas de inspiración, que muy pocos se atreven a aceptarlas como originales, tratándose, como se trata, de un autor novel, marcado con las tachas abrumadoras, para el caso, de ser argentino, de pertenecer a una familia distinguida y de no saberse donde ha estudiado. Las dos primeras circunstancias quizá justifiquen semejante preocupación; pero la última ¡oh, la última!...

¡Sepa el público de Buenos Aires que López Buchardo ha tenido un maestro incomparable, el único capaz de haberle enseñado lo que sabe: Dios! No hay academia, no hay conservatorio en el mundo donde se *enseñe* el talento. López Buchardo ha tenido en su infancia profesores de piano; pero la armonía la aprendió él solo, o nació sabiéndola, que lo mismo da. Cuando se decidió, *después de haber compuesto su ópera*, a tomar lecciones de contrapunto en París, las tales lecciones resultaron conversaciones *mano a mano* con el profesor, el cual se apresuró a aconsejarle que abandonase los *estudios* lo más pronto posible, para no perder tiempo...

Así, pues, el público del Colón, sin ningún antecedente que le permitiera orientarse, ha demostrado entender más que la crítica.

Claro está que al referirme al público, prescindo del elemento

ignorante y mal intencionado, que por desgracia forma en sus filas, sin que sea posible remediarlo. Es forzoso resignarse a escuchar los juicios más disparatados, las opiniones más absurdas. No ha faltado quien dijera, por ejemplo, que el delicioso coro de Hadas del segundo acto se parece demasiado al terceto de las hijas del Rhin. Como ambos son cantados por mujeres, la ignorancia y la malevolencia se han solazado en equipararlos al punto de declararlos "parecidos", siendo así que si en algo se asemejan es en belleza, y más que todo en calidad de belleza, pues no parece sino que las Hadas y las Ondinas se complacen, efectivamente, en herir las mismas secretas fibras de la sensibilidad estética. Pero decir, con la consiguiente malicia o ignorancia, que *se parecen*, equivale a sostener que existe semejanza entre "Aída" y "Lohengrin" a causa de las trompetas, o que "Il sogno di Alma" se asemeja, por lo de las campanas del primer acto, a "Les Cloches de Corneville".

El público inteligente no ignora que, en la primera audición de una obra nueva, si es de apreciación difícil, lo primero que de ella se comprende o asimila, es lo que de algún modo *recuerda* otras obras ya conocidas, así se trate de futilidades nimias, como ser un ritmo *sui generis*, o un timbre especial, o una sucesión de dos notas o intervalos, cuando no de un simple acorde solitario. La inspirada y original partitura de López Buchardo no se substraerá a la regla general.

Compleja en su sencillez; irisada de arreboles y cambiantes de piedra preciosa; delicadamente afiligranada de medias tintas armónicas, el público no ha podido, en una sola audición, no digo aquilatarla en su justo valor, pero ni siquiera apreciarla medianamente. De ahí que, atento como pocas veces se le ha visto en nuestro gran coliseo,—porque evidentemente sentíase como magnetizado bajo el influjo del arte verdadero,—se hallara en condiciones especialísimas para la comprensión precoz y casi exclusiva de lo que le iba despertando ilusorias reminiscencias de cosas ya oídas...

Pero tranquilícese el público. No se trata de reminiscencias reales, musicalmente hablando. Es cuestión de ritmos, de timbres, de notas sueltas, de coincidencias fugaces que se producen, por fuerza, cada vez que los *beaux esprits se rencontrent*, cada vez que el vuelo melódico, en el vaivén ansioso de la inspiración, llega acaso a rozar en algún punto sensible la órbita de otros vuelos y de otras ansiedades...

Así lo comprende, sin excepción, todo aquel que insiste en escuchar la inspirada partitura, subyugado por la magia decisiva de una música tan hermosa como original: tan espontánea en su línea melódica, cuanto limada y pulida y acariciada en su riquísima urdimbre contrapuntística. Pero no es posible hablar de la música sin acordarse del libreto. Por cierto que es difícil imaginar argumento más apropiado para el comentario musical. Aparte del prólogo y el epílogo, los tres actos se desarrollan en la región del Ensueño. Todo lo que se ve en la escena, todo lo que se canta, todo lo que se oye, todo es irreal. Es un sueño, un sueño de Alma, la ingenua, la graciosa, la sonriente Alma. ¿De qué nos habla la Música, al fin, sino de amor y ensueño? ¿No es vilipendiar el arte divino aplicarlo al comentario de un acto prosaico, cuando no brutal o soez?

Claro está que la exigua porción de público amante de las emociones fuertes, como ser suplicios inquisitoriales o fallecimientos por hambre o por bacilos de Koch, han visto defraudadas sus esperanzas en presencia de un argumento tan ajeno al repertorio del Gran Guignol; pero ¡cuán deliciosamente conmovidas han debido sentirse las personas accesibles a la poesía frente a ese primor de ingenuidad y de gracia que es Alma contándole a su novio la horrible pesadilla de su boda principesca!

¿No es infinitamente hermosa y teatral y digna de la música la llegada fantástica de Alma al palacio, traída de la mano por el príncipe, pálida la tez y enrojecidos los ojos por el llanto, en el trance supremo de ver desvanecido para siempre el poema real, que ella cree soñado, de sus amores?

La emoción de lo forjado en el ambiente violeta del ensueño, emerge de la escena en íntima fusión con el aterciopelado divagar de la orquesta, y la amargura de Alma dormida al pie del árbol, bajo la mirada sonriente de la Virgen, despierta en el ánimo no sé qué lejanas evocaciones...

¡Y pensar que no han faltado quienes tacharan de trivial el argumento de "Il sogno di Alma"! ¡Oh prodigio de impermeabilidad poética!

Los críticos australes suelen ser aficionados a las obras *fuertes*, como dicen ellos. *Fuerte*, dicen que es "Nabucodonosor", por ejemplo, ese colosal monumento de mal gusto exhumado este año en el Colón. Para ellos lo chabacano, lo ruidoso, lo ordinario, es cosa *fuerte*: lo distinguido es femenino; lo femenino es simple; lo simple es malo. ¡Claro! ¡Lo fuerte de "Le vase brisé" no salta

a la vista de cualquiera, así como los amores criminales de alguna reina envenenadora son, en efecto, para mucha gente, cosa más importante, más *fuerte*, que un idilio entre zagales!

Por fortuna, estamos ya lejos del tiempo en que la ópera no tenía otro objeto que el lucimiento de los cantantes y el solaz de la elegancia aburrída, sensible tan sólo al estiletazo brutal de algún do de pecho rígidamente inmóvil en la eternidad de un calderón. En esos tiempos, felizmente pasados, nada más aparente que una puñalada para sacudir la modorra digestiva de los espectadores. Pero hoy...

En "Il sogno di Alma" no hay puñaladas, ni microbios, ni siquiera traiciones ni intereses mezquinos: nada que recuerde la abominable prosa de la vida. Alma sufre, sí; pero sufre soñando... Está enamorada y es feliz. Sólo el sueño la ha hecho traición... Y la música de López Buchardo, delicada y sutil como una caricia, dice en su lenguaje ultraterreno lo que no quiso o no pudo decir Prins con la palabra: y es tan armoniosamente íntima la compenetración del libreto con la música, que no hay tregua para la atención en los tres actos de exquisito deleite que procura la obra admirable.

Admirable, sí; y más admirada cuanto más oída. Con la mitad de lo que vale — apúntelo la crítica — tenía bastante para triunfar en todos los teatros del mundo. Se necesitaba una obra así, libre de rebuscamientos, saturada de ideas, honesta, sincera, en que nada se sacrifica al ideal de crear belleza. Llenos están los escenarios de producciones fofas, vacías, pura bambolla, en lo que lo cursi se hermana con lo pedantesco y en que el afán de *épater le bourgeois* hace las veces del talento.

"Il sogno di Alma", motivo de legítimo orgullo nacional, debió representarse ocho o diez veces por lo menos.

El explicable silencio de la Crítica austral ante la obra nueva, no lo consintió. Lamentémoslo, pero también consolémosnos con la esperanza del desquite: no pasará mucho tiempo (¡maldita guerra!) sin que podamos ofrecernos la fruición de leer interesantes y encomiásticos análisis de la gran obra argentina: primero en francés, en inglés o en italiano, y luego en pintoresco y concienzudo criollo. Y, o mucho me engaño, o tendremos, entonces, el gusto de oír sesudas conferencias sobre la música nacional...

## CIENCIAS JURIDICAS

**Jurisprudencia y política**, por Joaquín V. González.

La vasta labor del doctor Joaquín V. González le ha impuesto ya como tratadista eminente de política y jurisprudencia. En nuestro país donde secundariamente se ha ejercido la política teórica — es decir, la que fundamenta en la serenidad estudiosa los principios de gobierno — la obra del doctor González tiene un valor que los años harán más evidente.

A las ventajas de su erudición, el doctor González ha unido la eficacia de su labor de gobierno. Primer magistrado de provincia, legislador y ministro, ha podido ejecutar como gobernante lo que como estudioso proyectara. Es así que el doctor González realiza el ideal del hombre de estado.

En el último volumen de su ya vasta bibliografía, reúne estudios de importancia capitalísima: consultas jurídicas en cuestiones arduas y delicadas, discursos parlamentarios sobre asuntos de trascendencia, escritos de política militante que descubren su mente de reformador.

Pocos hombres han realizado en nuestro país y con tal eficacia una obra paralela a la de González. Constitucionalista eminente ha orientado a veces la opinión unánime; internacionalista de nota, ha informado con elocuencia erudita sobre el valor e importancia de tratados y de convenciones, y sin restringir a ello su esfuerzo, ha sabido, como elaborar historias, levantar universidades y como hacer literatura, proyectar en leyes sabias el trabajo obrero y la organización proletaria.

Algo hay de *sarmientesco* en su obra: la amplitud de la empresa y el optimismo en la lucha. Si le falta el gesto airado y desconcertante que caracterizara al grande hombre, le sobra la visión clara de nuestro porvenir y, sobre todo — coincidencia importante — la de nuestra cultura. González en la época de Sarmiento



hubiera elevado escuelas, como éste en nuestros días hubiera organizado tal como está la Universidad de La Plata.

El libro que estas líneas motiva, siendo parte de una grande obra constructiva, no puede ser juzgado con ligereza. Sus páginas, conocidas ya del público, fueron comentadas a medida que nacían del autor. Compréndese, pues, por qué preferimos anunciar simplemente su nuevo volumen antes que analizarlo sin profundidad. Esperamos el día en que estudiar, como se merece, su obra múltiple y representativa.

**Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires, por Agustín Pestalardo.**

Buena tesis, ciertamente, la del doctor Pestalardo. Buena por lo novedoso del asunto que estudia, buena por la seriedad científica que lo guía y buena por el método que sigue. Esta triple excelencia tan extraña, y sin embargo tan primordial en trabajos de esta índole, nos reconcilia con la práctica de la tesis, cuyo menguado prestigio raramente es salvado por los jóvenes doctores.

Desde luego, las tesis que en su origen obligaron al estudio paciente de un hecho, de un fenómeno o de una teoría, a los cuales se pretendía dar, sino un aspecto nuevo por lo menos una idea más, en nuestro tiempo han rebajado su primitiva significación y exclusivamente pretextan la obtención de un diploma. Atribúyase esto a la Universidad que no fomenta lo suficiente esos trabajos concienzudos o, si se quiere, a los jóvenes graduados en quienes más arde la pasión profesional que la tranquilidad estudiantina y la honradez científica, lo cierto es que el más leve análisis de las obras doctorales revela, al propio tiempo que desconsoladora pobreza analítica, una increíble incapacidad para la construcción armónica del trabajo.

La obra del doctor Pestalardo es una dignísima excepción. Por eso merece buenos plácemes. A ella ha dedicado paciente investigación y serio método, criterio inteligente y avizor.

Si bien es cierto que nuestra universidad carece hasta ahora de verdadera tradición científica y si, en lo que a la enseñanza del derecho se refiere, hemos dependido de las tendencias que han ensayado las universidades europeas, es interesante investigar en qué forma y con cuál intensidad aquellas tendencias y enseñanzas repercutieron en nuestro medio, qué hubo de propio y de nacional

en los estudios y, en fin, cuál ha sido el grado de influencia que la universidad ha tenido sobre el desarrollo de nuestra cultura.

Diversas obras habían ya, aunque fragmentariamente, tratado el tema. Conocida es la historia de nuestra universidad escrita por los doctores Bidau y Piñero, pero este libro, como algunos otros, mejor que las tendencias intelectuales, historia la exterioridad de los planes, de las reformas, de los cursos. Hasta ahora no se había escrito la historia interna y al propio tiempo crítica de la enseñanza del derecho, desde el clandestino estudio de las obras extranjeras durante el coloniaje hasta las últimas reformas y los más recientes planes. En tal labor empeñóse el doctor Pestalardo y fruto de ella es su tesis, que nuestra Facultad justamente ha distinguido.

En cuatro partes se divide la obra. En la primera se analiza la enseñanza desde las primeras épocas coloniales hasta la fundación de la Academia de Jurisprudencia. Estúdiase en la segunda los progresos realizados desde las primeras tentativas tendientes a crear la Universidad de Buenos Aires hasta que, caído Rozas, iniciase su franco desarrollo. Parte interesante es la tercera en que el autor analiza las ideas de Alberdi sobre los estudios jurídicos; la implantación del eclecticismo de Cousin como reacción a la escuela utilitaria que, años antes, aceptara Somellera; los primeros estudios del derecho romano que dirigiera Vicente Fidel López, la iniciación en la enseñanza del derecho canónico, del derecho civil, del derecho comercial y del criminal, del internacional y del constitucional. El doctor Pestalardo analiza a través de los textos elaborados en esa época o adoptados en los estudios las diversas tendencias de la enseñanza. A veces lamenta el común fetichismo por la ley escrita que lleva a la cristalización de las normas positivas en un país como el nuestro donde la evolución jurídica debiera ser continua. "Es que la Universidad no preparó a los hombres para descubrir, a través de nuestra vida, las normas que nos son propias y emprender la crítica serena e imparcial de la legislación vigente: los pocos que se entregaron a esa tarea deben el gesto a su propio impulso".

Singularmente recomendables son las páginas en que el señor Pestalardo retrata a los viejos maestros desaparecidos. Cuando no los presenta en forma original sabe escoger el párrafo elocuente que con anterioridad los perfilara. Así, su obra animase de vida y es como si oyéramos de un testigo sobreviviente el re-

cuerto erudito y amoroso de los nobles mentores que fundaron nuestra cultura.

En la parte cuarta el autor analiza la influencia del positivismo en los estudios de nuestra Universidad; trata de los diversos planes de enseñanza y de la cuestión aun no resuelta del doctorado como complemento y coronación de los estudios de la abogacía. Las últimas páginas de la obra están dedicadas al análisis del estado actual de la enseñanza, a los trabajos más recientes y a las cuestiones más palpitantes como la que a la didáctica del derecho civil se refiere.

La obra del doctor Pestalardo ha de ser por su información abundante y por su importancia innegable, una de las fuentes más preciosas del investigador que en lo futuro realizare la historia de nuestra cultura. Y si ella honra a su autor, honra asimismo a la casa que la ha premiado.

**El voto obligatorio; su aplicación,** por Enrique Loncan.

El problema que el señor Loncan estudia ha sido, en los últimos años, tratado en abundancia. La ley Sáenz Peña dióle actualidad y, desde su discusión hasta estos días, el tema ha sido analizado largamente en discursos de parlamento o en artículos doctrinarios, en conferencias políticas como en tesis doctorales.

La cuestión, aunque resuelta por la ley positiva, conserva aun su interés filosófico, psicológico y jurídico. Siempre ha de decirse con Posada: "Una ley pretende imponer, e impone, la obligación del voto, no ya mediante una declaración dogmática, sino en virtud de la amenaza de una sanción: la pregunta es inevitable: ¿porqué? ¿con qué derecho? Sólo después vendrá esta otra: ¿cómo? ¿con qué eficacia? ¿para qué?"

El señor Loncan, joven estudioso, de espíritu equilibrado y sagaz, ha tratado de resolver en este libro las cuestiones que más se relacionan al problema. Acaso no las ha estudiado con la profundidad que ellas se merecen, pero asimismo estas páginas nos revelan el talento de investigador y de crítico que el autor posee.

La cuestión que analiza el señor Loncan es de aquellas difíciles de tratar medianamente. La esencia misma del voto obligatorio supone tales principios de filosofía y de política que, estudiarlos, implica una labor ardua y concienzuda. Si, por el con-

trario, se prefiere reducir el análisis a sus características y manifestaciones externas, no es difícil incurrir en la vulgaridad más absoluta. Lástima que el autor de este trabajo no ha realizado lo primero con la amplitud que su inteligencia prometía. Si es bueno su libro, no lo es como todos lo deseábamos: impecable y profundo.

El señor Loncan estudia ante todo los caracteres de la democracia contemporánea e investiga la naturaleza del sufragio que, con relación a aquélla “es lo mismo que la sangre en el funcionamiento del organismo humano”, según símil que el autor aprovecha. Para Loncan el sufragio es una *fuerza* que interviene en todos los accidentes de la vida democrática, “fuerza que no queda librada a otra voluntad ni a otro designio que al que le quiera asignar el hombre por sus propios medios”. Planteados los dos criterios con que puede considerarse el sufragio, es decir, como un deber o como una facultad que el ciudadano puede utilizar a su arbitrio, el autor llega a la conclusión de que el voto debe ser obligatorio, porque tal carácter se deriva de su naturaleza misma. Más adelante el señor Loncan considera el fundamento racional del voto obligatorio en un capítulo nutrido de ideas y luego, en el siguiente, analiza el problema cívico en la República Argentina y, por fin, en los dos últimos, trata de la aplicación del voto obligatorio y de sus consecuencias.

Difícilmente se podría en tan pocas páginas como las de esta obra tratar tan interesantes cuestiones. El doctor Loncan las ha analizado con talento y con eficacia.

Virtud rara en los libros de esta índole, tiene el de Loncan la de estar bien escrito. Ni un lugar común, ni una idea trivial mancha sus páginas; por el contrario, algunas tiene este trabajo como sus cuatro primeras y las que componen el capítulo V, que le aseguran escritor de casta.

J. N.

---

## NOTAS Y COMENTARIOS

### A propósito de nuestra nota sobre Jaurès.

Nuestro colaborador y miembro del directorio de la Sociedad Cooperativa NOSOTROS, Manuel Gálvez, entendiendo que esta revista, según lo estipulan los estatutos de la misma sociedad, debe mantenerse alejada de todo embanderamiento político, nos pide una rectificación o aclaración de un concepto vertido por nosotros en el número pasado respecto de la muerte de Jaurès, concepto expresado así: “Unase en este instante nuestra voz a la de la conciencia universal, para reprobear la violencia en la solución de los conflictos entre los hombres, la violencia que ayer hirió en el bando contrario a Francisco Ferdinando de Austria — y la consecuencia de esa muerte ha sido la guerra europea — y hoy hiere en nuestro bando a Jaurès”. Las palabras incriminadas son: *y hoy hiere en nuestro bando a Jaurès*. Jaurès era socialista. ¿NOSOTROS, entonces, contra lo estipulado en sus estatutos, también lo es?

Con verdadero placer satisfacemos el pedido de nuestro amigo y colaborador. El nos ha de permitir, precisamente, establecer de una vez por todas qué entendemos por imparcialidad en lo que a la revista concierne. Ante todo, reclamamos una vez más para NOSOTROS el derecho de publicar todas las opiniones, sobre literatura, arte, política, moral, filosofía, etc., que se presenten abonadas por una firma responsable. Sin ir más lejos, sosteníamos este derecho, ejercido por nosotros durante siete años, en el número pasado, cuando escribíamos: La revista “cree haber mantenido la promesa hecha a sus colaboradores, de que NOSOTROS estaría abierta a todas las opiniones honesta y altamente expresadas, sin subordinarse a doctrinas o afiliarse a camarillas de especie alguna. Esta es la parte de su programa en cuya realización ha puesto más especial empeño, y a pesar de todos los inevitables

malentendidos piensa que al hacer triunfar en sus páginas el principio de la libre discusión de las ideas y de los hombres que las encarnan, ha hecho obra buena y necesaria”.

Por lo tanto, no se le achaque a la revista el ser conservadora o anarquista, nietzscheana o cristiana, clásica o decadente, partidaria de A o de B, porque militen en uno u otro bando los que en la revista escriben, aunque sean los mismos directores, siempre que lo hagan bajo su firma. ¿No significa esto ser imparcial?

Pero otro es el caso, sin duda, cuando es la misma revista la que opina. En este caso su criterio de imparcialidad requiere ser analizado diversamente. No entendemos que la imparcialidad deba manifestarse por el silencio. La revista debe decir su palabra sobre aquello que considere que la exige. Y si esa palabra ha de decirse ¿cómo será imparcial? ¿No concretando nada; no resolviéndose en ningún sentido; inmovilizándose en el absoluto equilibrio? Todo eso es absurdo. Con tal criterio llegaríamos lógicamente a cosas como ésta: que un lector podría reclamarnos el haber tejido el elogio de tal o cual muerto ilustre, por no ser de su predilección, y acusarnos, por consiguiente, de parcialidad. No; nosotros entendemos de otro modo nuestro deber. Tratamos que las opiniones de la revista estén de acuerdo con las del ambiente, o, en todo caso, sean la expresión de aquello que por los más de nuestros lectores (y bien conocemos el espíritu de la mayoría) sería considerado justo y oportuno. Podemos equivocarnos en la interpretación de dicho espíritu, no lo negamos, pero, precisamente porque nos atenemos siempre en nuestros comentarios a cuestiones muy generales o que no pueden suscitar asperezas y contradicciones, creemos reducir esos errores a un *mínimum*.

Ahora bien: ¿hemos transgredido este principio al hablar de *nuestro bando*, refiriéndonos a Jaurès? No. Ni se nos ocurrió hacer profesión de fe socialista. NOSOTROS no es socialista, puede creerlo el amigo Gálvez. Pero NOSOTROS es una revista argentina, país que auspicia todos los nobles y generosos ideales; Jaurès, aparte su condición de socialista militante, fué un luchador incansable por la paz, por la justicia, por la libertad; Jaurès representaba el presente como lo representa la Argentina, así como Francisco Ferdinando de Austria, con quien lo poníamos nosotros en contraposición, representaba el pasado: nada más natural que habláramos de *nuestro bando* y del *bando contrario*. ¿O está Manuel Gálvez con *el otro bando*? Buen provecho le haga; pero

constituirá entonces una ínfima minoría en nuestro ambiente, cuyo espíritu cree interpretar NOSOTROS. Pues recuerde nuestro buen amigo que hasta la Cámara de Diputados se levantó en pie en homenaje del malogrado tribuno, y a la demostración se adhirieron, salvo una excepción, los mismos diputados conservadores y católicos.

¿Queda satisfecho nuestro colaborador?

### Sobre "Nosotros".

Haciendo excepción a nuestra costumbre de no transcribir los elogios con que continuamente nos honra el periodismo nacional y extranjero, publicamos a continuación el artículo que nos dedicó últimamente en el diario *El Triunfo* de la Habana, el reputado escritor cubano Arturo R. de Carricarte, por ser la expresión del concepto que en el extranjero se tiene sobre NOSOTROS y por contener además apreciaciones de índole general sobre la vida intelectual argentina. Dicho artículo se titula *Un gran programa y una gran revista*, y dice:

"Nuestra América en los últimos años ha realizado una serie de actos que elevan su significación moral a un grado insuperable. Las pequeñas rivalidades que distanciaban los pueblos del continente se van borrando, y la solidaridad internacional cunde y se hace firme cada día.

Y no fuera justo al consignar tan relevante conducta, dejar de citar en primer término a la Argentina, a la cual se debe, en no poca parte, nuestro actual encumbramiento: fué Calvo quien primero hizo pesar el influjo americano en los derroteros internacionales con sus admirables estudios de Derecho Público; Drago quien dió un alto al imperialismo europeo que amenazaba nuestras nacionalidades; a Sáenz Peña se debe el rasgo de cultura y de internacionalismo más gallardo con su noble frase "América para la humanidad", cuyo lirismo no es óbice para que se le reconozca un alto sentido moral y una elevada significación como muestra de cultura; y, por último, ha sido también la Argentina la que, por la pluma admirable de Ricardo Rojas, ha dado la voz de alerta para que nos apercibamos a "nacionalizar" nuestros pueblos, inconscientemente entregados a la acción extranjera.

Y si Ricardo Rojas ha sido el apóstol de esa campaña, digna de imitación, argentina es, también, la publicación que ha reco-

gido el programa y lo viene cumpliendo de manera insuperable: la revista NOSOTROS, de la cual tuve oportunidad de ocuparme hace dos o tres años y que para bien de las letras castellanas en América persevera noblemente en sus generosos empeños.

En las páginas de NOSOTROS, puede seguirse el desenvolvimiento brillantísimo de las letras argentinas: la crítica se ejerce en sus columnas con una independencia, serenidad y cultura insuperables. Ni convencionalismos, ni intransigencias. Tan lejos están los colaboradores de NOSOTROS de la intemperancia demoleadora "fraicandilesca" como del ditirambo irreflexivo y desmoralizador "condekostiano". La exactitud del juicio, la noble tolerancia, el examen sereno y desapasionado de autores, de obras y de escuelas informan los trabajos de Rojas, Más y Pí, Giusti y cuantos con esa labor de exposición y de análisis dan alientos a los empeños artísticos y rinden justicia y ofrecen oportunidad de reafirmarse a las brillantes reputaciones juveniles conquistadas con el esfuerzo y el estudio.

De intento he querido referirme en primer término a la labor de crítica que se realiza en NOSOTROS, porque esa debe ser imitada en Cuba. Necesitamos una crítica seria, honrada, que no ceda al halago y que en el mismo grado que no se deje cegar por el brillo de su renombre convencional, sepa conceder lo que el mérito y la labor continuada y sana demandan de respeto y de atención.

El ditirambo fácil, la frase de falso entusiasmo y el aplauso benévolo, tales son las características de nuestra crítica. El análisis sereno, la desapasionada compulsión de méritos y deméritos, eso no se hace casi nunca. Prefiérese aplaudir aun aquello que no se ha leído. El diario, y tanto como el diario la revista, sacrifican la serenidad de un juicio y la independencia de un criterio honrado, libre de bajísimas pasiones, a la complacencia y al compromiso amistoso.

En pocos pueblos se hace preciso, como en el nuestro, desarrollar un programa literario sano y elevado. Nuestras costumbres literarias, nuestras aficiones artísticas, nuestros gustos están por depurar. Y así el arte se estanca y los mejores esfuerzos se esterilizan y las energías se malgastan inútil y lamentablemente.

NOSOTROS ha emprendido ese programa, lo ha definido y lo viene cumpliendo de modo irreprochable.

Pero no se limita al examen de las producciones y del medio



argentino; sus páginas se ofrecen a la producción original y en ellas aparecen las mejores firmas sudamericanas.

Uno de los factores de difusión cultural más valiosos, el teatro, ha encontrado en esa gran revista acogida amorosa, y con gran frecuencia inserta íntegros dramas y comedias de autores nacionales, sin perjuicio de exponer en meditados estudios, la situación del teatro rioplatense y los méritos de cada obra y de cada autor.

Florencio Sánchez, el malogrado dramaturgo, recibió los mejores alientos de la Redacción de NOSOTROS, en cuyas páginas aparecieron las mejores producciones del autor de "M'hijo el Dotor".

Necesitamos en Cuba realizar una obra de noble nacionalismo como ésta que se está librando en la Argentina. En ella fueron los jóvenes los que la emprendieron con brillo insuperable y éxito positivo; ¿por qué nuestra juventud no sigue tan noble ejemplo?

En vez de sembrar odios y de ahondar divisiones entre los cubanos, congreguémosnos los representantes de la juventud en una relevante campaña de nacionalismo inteligente, sin proscripciones ni intransigencias, para realzar el nombre de Cuba, para inculcar en las masas el amor a la cultura y a la belleza, bajando hasta el pueblo, ofreciendo en cada taller y llevando a las columnas de cada diario, al uno la conferencia sencilla y afectuosa, sin alardes de libresca y vacua erudición, al otro la vulgarización no empequeñecedora de las obras cubanas, de lo que el literato cubano ha realizado a lo largo de las generaciones, y de lo que el pueblo debe amar y buscar para esparcimiento y elevación de su espíritu.

Así haremos patria, y aportaremos un grano de arena a la obra de cubanización en que debemos sentirnos todos empeñados, a estas horas de prueba y de vacilaciones en que la conciencia nacional se muestra indecisa, descarriada por las egoístas solicitudes de algunos y por el exhibicionismo de tanto pseudo literato que llena cuartillas y perora neciamente, sin más propósito ni más fin que el de buscar esos aplausos a que tan fáciles son la pereza y la inconsciencia."

"NOSOTROS".

# NOSOTROS

Año VIII — Tomo XV

## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<b>A</b>	
Aguilar.....	Eugenio Díaz Romero (retrato).. 228
<b>B</b>	
Bayón Herrera Luis.....	Siripo (poema heroico en tres actos. 3.er acto.)..... 83
Bayona Posada Jorge.....	Poesías..... 209
Bertellotti Fóscolo.....	Ernesto Quesada (caricatura)... 50
'    '    '.....	Eduardo Talero (caricatura).... 184
'    '    '.....	Martín Reibel (caricatura)..... 263
<b>C</b>	
Calandrelli Matías E.....	Sobre «Il Sogno di Alma»..... 303
Columba.....	José Ingenieros (caricatura).... 122
Cruz Ghio Julio.....	Literatura de juventud..... 264
<b>D</b>	
Díaz Romero Eugenio.....	El viejo (versos)..... 229
Dirección La.....	«La Nación» y el arte nacional 56
'    '    '.....	Notas: La guerra.—Roque Sáenz Peña..... 117
<b>E</b>	
Escobar Julio F.....	«Il sogno di Alma»..... 211
<b>F</b>	
Fernández de la Puente J. L..	Intermedio (versos)..... 51

## G

Gálvez Manuel.....	La escultura elegíaca: Pedro Zonza Briano.....	67
'	El Salón Nacional de 1914 (I-II).....	284
García Calderón Francisco...	Letras coloniales.....	221

## I

Ingenieros José.....	El renacimiento cultural de Cataluña.....	123
----------------------	---	-----

## K

Kantor M.....	La moral de Tolstoï.....	188
---------------	--------------------------	-----

## L

Levene Ricardo.....	La misión de la escuela.....	106
---------------------	------------------------------	-----

## M

Martínez Jerez José.....	El hilo de oro (versos).....	255
Melián Lafinur Alvaro.....	Letras argentinas y americanas.....	296
Mendioroz Alberto.....	Del origen de la poesía (versos).....	271
Muzzio Sáenz Peña C.....	El fabricante de babuchas de Bujará (cuento).....	204

## N

Nervo Amado.....	Poemas.....	145
Noé Julio.....	Ciencias Jurídicas.....	308
"Nosotros".....	Notas y Comentarios... 111, 217,	313

## P

Palomeque Alberto.....	La negociación de paz con el Imperio del Brasil.....	233
Perkins Jorge Walter.....	La progenie de Hércules.....	247

## Q

Quesada Ernesto.....	Una vuelta al mundo.....5,	147
Quiroga Horacio.....	La mancha hiptálmica (cuento).....	181

## R

Reibel Martín.....	Carne de poetas.....	260
Rinaldini Rinaldo.....	La exposición de artistas argentinos ..	71
'	El cuarto Salón: <i>el vernissage</i> ..	290
Rojas Ricardo.....	El Salón del Retiro.....	59

**S**

<b>Senet Rodolfo</b> .....	«Los primitivos habitantes del Delta del Paraná», por Luis María Torres.....	276
<b>Sweat Heart</b> .....	Globos de ensayo.....	200

**T**

<b>Talero Eduardo</b> .....	Sol campestre (versos).....	185
-----------------------------	-----------------------------	-----

**W**

<b>Wilde Oscar</b> .....	El gigante egoísta (cuento).....	266
--------------------------	----------------------------------	-----

---